

LA HUIDA DE EGIPTO. COPIA DE UN CUADRO DE PUGET.
25 de Diciembre de 1849.

ESTUDIOS RELIGIOSOS.

LA HUIDA A EGIPTO. (1)

Aquellos tiempos tan anunciados por los profetas, figurados por acontecimientos y símbolos en la nación escogida de Dios llegaron al fin. Por todo el Oriente resonó una voz suprema que decía: «El hombre destinado al imperio universal se ha presentado en Judea.» Se habían cumplido las setenta semanas anunciadas por Daniel tantos siglos antes; ya la raza de Judea no tenía cetro, y los hebreos esperaban llenos de impaciencia al salvador prometido. Ultrajado hasta lo infinito su espíritu de nacionalidad aguardaban verle llegar como un conquistador á quien estaba destinado quebrantar las cadenas de su pueblo y hacer que resplandeciese nuevamente la gloria de David y de Salomón.

Pero las antiguas profecías aludieron á otras cadenas, á otro género de conquistas que no podían comprender unos espíritus dados á la sazón á ideas harto materiales. ¿Cómo descubrir en las palabras de los profetas el regeneramiento que iba á efectuarse, no en una nación aislada, sino en la humanidad entera?

Maria, doncella judía de la raza de David, aunque muy pobre, casada con José, carpintero de Galilea, se encaminó á Belén para ser empadronada según las últimas disposiciones de Augusto; allí y en un establo, dió á luz un hermoso niño que tuvo el nombre de Emmanuel, que quiere decir, *Dios es con nosotros*, y que llamamos Jesucristo, concebido por obra del Espíritu Santo. Maria envolvió en pañales al fruto de sus entrañas y le recostó en un pesebre, esperando resignada los auxilios de la Providencia; dirigiose al Señoren humilde y santa plegaria, y su ruego fué escuchado, pues unos cuantos pastores de aquella comarca que velaban sobre su ganado, tuvieron la súbita é inesperada aparición de un ángel que les anunció que había nacido el Salvador del mundo, el cual se hallaba en Belén y en un pesebre.

Cuando el ángel del Señor hubo desaparecido se miraron los pastores atónitos y suspensos, como quien acaba de presenciar una maravilla no concebida ni esperada por espíritus vulgares. Vueltos en sí de tan gran sorpresa volaron al sitio designado por la celestial vision, y contemplaron gozosos, á la vez que enternecidos, á aquel santo matrimonio que dirigía sus caricias paternales al anunciado de los profetas. Cundió la nueva con suma rapidez por aquellos contornos, y todos se esforzaron en dar sus rústicas ofrendas al inocente recién nacido, y de este modo tanto José como Maria tuvieron ocasión de bendecir á la Providencia que por tales medios endulzaba la amarga situación á que se hallaban sometidos.

En esta sazón unos magos vinieron del Oriente á Je-

rusalen, los que preguntaban con mucho afán en que parage había nacido el rey de los judíos. Supo Herodes esta novedad y procuró tener una entrevista con los magos, porque habiendo penetrado en su corazón la ponzoñosa envidia, quiso también enterarse acerca de un rey que aseguraban lo sería no solo de los judíos, sino de todos los hombres que sustentan la tierra. Los magos entonces se avisaron con Herodes y este los habló con reserva preguntándoles que á donde se encaminaban, á lo cual los magos respondieron que á buscar al nuevo rey de los judíos para darle ofrendas.

Herodes se inmutó al oír esto, pero disimuló cuanto pudo y dijo á los magos:

—No os detengais; partid á Belén é informaos perfectamente acerca de la genealogía de ese rapaz, y despues que hayais adquirido bastantes pormenores respecto al mismo, pasad por mi palacio y referidme cuanto sepais, que yo tambien quiero adorarle como vosotros.

Los magos partieron ofreciendo á Herodes decirle á su regreso cuanto hubiesen inquirido, y se encaminaron á Belén precedidos por una luciente estrella que los iba guiando por senderos tortuosos y poco transitables, pero que conducian al sitio donde ellos deseaban llegar. En su consecuencia, la estrella se paró encima del mismo portal donde había nacido el Mesias; los magos se bajaron de sus caballos, y sin acordarse que eran reyes entraron en el establo, vieron al pobre niño y á sus padres que le adoraban. Una celeste inspiracion les dijo que aquella humilde criatura era verdaderamente el rey de los reyes y postrándose delante del Mesias le ofrecieron, oro, incienso y mirra. Despues que los reales viajeros conversaron con Maria y José, tomaron el camino de Juda, pero siendo largas las jornadas descansaron en un lugar para emprender nuevamente el camino al siguiente dia. Habiendo amanecido y cuando se disponian á partir, uno de los magos llamó á sus compañeros y les dijo que aquella noche había tenido en sueños una vision celeste que le había aconsejado que ninguno de los tres tornase al palacio de Herodes, á fin de no dar cuenta de lo que habían visto. En su consecuencia variaron su itinerario y volvieron á su tierra por distintas veredas.

Herodes mientras tanto aguardaba impaciente la llegada de los magos, pero habiendo trascurrido mucho tiempo y perdidas completamente las esperanzas, quiso indagar la causa de semejante retardo, y supo que los magos estaban ya en su patria y que le habían burlado. Al mismo tiempo se propagaba mas y mas la nueva de que el niño que había nacido en Belén era el rey del mundo, y Herodes no pudo contener por mas tiempo su furor reconcentrado, y esto le quitaba el sueño y le hacia cometer muchas crueldades en su monarquía.

José tuvo una noche en sueños la celeste vision de un ángel que le dijo estas palabras:

—Levanta José; coge á ese pobre niño y huye prontamente á Egipto con tu buena esposa y de allí no te muevas hasta que yo te lo diga.

—¿Que sucede, soberano Señor? preguntó José tambien entre sueños.

Y el ángel respondió:

—El rey Herodes ha de buscar á tu hijo para sacrificarle á su loco furor... Huye, huye, no te detengas.

(1) El bellissimo grabado que va al frente de este artículo es copia de un cuadro de Pedro Puget, pintor, escultor, arquitecto é ingeniero, natural de Marsella, en Francia, que nació el año 1622 y adquirió gran reputacion, sobre todo por sus obras de escultura. El cuadro de Puget fué reproducido en 1703 por Coelemans, en una excelente estampa, y esta es la que ha servido para la copia que presentamos.

Desapareció el ángel; despertó José, miró en su derredor y llegóse á María lleno de susto y la dijo cuanto habia escuchado en sueños al ángel del Señor. La tierna, la santa madre estrechó contra su seno al amenazado inocente, y dijo á su marido:

—Partamos á Egipto puesto que así lo ha dispuesto el Señor, y sepáremos la víctima de su verdugo.

Con efecto, partió al instante el santo matrimonio con el objeto mas querido de su corazón; era de noche y el frío riguroso; ignoraban la dirección que tomarían; pero el cielo los iluminó y el ángel favorecido del Señor condujo á los perseguidos hasta llegar á Egipto.

Mientras tanto Herodes, irritado con la conducta de los magos y enfurecido con el rumor que se propagaba acerca del recién nacido, dió un decreto fatal, que por desgracia tuvo una pronta ejecución. Con objeto de hacer perecer al presunto rey de los judíos, el cual no conocía, ni habia podido indagar su paradero, mandó que sus soldados degollasen en Belén y en su comarca á todos los

niños menores de dos años; pero de este horrible y espantoso acto de crueldad se libró el Salvador del mundo, porque así lo quiso el cielo, y por eso envió al ángel para anunciar á sus padres el gran peligro que corrían, y los puso en salvo.

Muerto Herodes sin haber logrado su fin, volvió á aparecerse en sueños á José el ángel del Señor, que le dijo:

—Levántate, José, y toma al niño, y parte con tu buena esposa á tierra de Israel, porque ya no existen los perseguidores de tu hijo.

Obedeció José, pero habiendo sabido que reinaba en lugar de Herodes su padre temió entrar en Israel, y se encaminó á las tierras de Galilea, para morar después en una ciudad que llaman Nazareth, y cumplióse lo que dijeron los profetas:

«Que será llamado Nazareno.»

I. A. B.

GLORIAS DE ESPAÑA.

EL COMBATE DE TRAFALGAR.

I.

Reunidas las fuerzas navales de España y de Francia para hacer frente á la poderosa armada con que la Inglaterra amenazaba á todas las naciones del continente, no se esperaba ya mas que la ocasión favorable en que las armadas de estas potencias rivales se encontrasen en el seno de los mares. La escuadra combinada de España y Francia á las órdenes de Villeneuve, almirante de esta última nación, y teniendo bajo sus órdenes á Gravina, Alava, Cisneros y otros distinguidos gefes españoles, se hallaba en el puerto de Cádiz, hasta donde parecía quería llegar á desafiarla el altivo almirante inglés Horacio Nelson. La proximidad de la escuadra inglesa no hizo mas que acelerar la salida de la de los aliados, y esto, como es consiguiente, produjo grande agitación en la ciudad y puerto de Cádiz. El pabellón de partida flota ya en los mástiles de mesana; las chalupas llevan sin cesar á las naves lo necesario para completar el armamento, y los individuos de la tripulación que aun quedaban en tierra. Entonces, que no se trataba de un viaje ordinario, sino que se iba á correr un verdadero peligro, los momentos de la despedida eran tan interesantes como dolorosos. Era aquella una hora fatal en la que concurrían á los muelles y á la marina los parientes, los amigos, de tantos como iban á esponder su vida en todos los azares de un combate naval. Habia allí jóvenes que dejaban el lado de sus madres por la primera vez, ancianos que confiaban los hijos, objeto de todo su cariño, á la frágil nave; esposas que se apartaban de sus maridos con el temor de perderlos, y jóvenes amantes á quienes aquella aciaga circunstancia venia á sorprender en el curso de sus placidos amores. Entre estas sentimentales parejas distinguirse pudiera la formada por el bizarro don Luis de S..... joven oficial de marina, llevando del brazo á la joven, perteneciente á una distinguida familia de Cádiz, que habia elegido para ser su esposa. Ambos jóvenes, embebidos en sus sabrosos coloquios, no solo se

habian alejado del punto de embarque, sino que habian olvidado que este era inevitable, cuando el estampido del cañonazo de leva hizo suspender el paso á don Luis y le recordó en un instante cual era su deber. Subió sobre una peña que marcaba el término de aquel retirado paseo, y al ver que el viento favorable inflaba las velas que en la escuadra empezaban á desplegarse, volvió á su querida y la dijo:

—Adios, Carmen, adios. Llegó el momento de la partida: ese cañonazo me llama al puesto de honor.

—¡Triste de mí! exclamó ella dolorosamente, que ni puedo impedir que te apartes de mí lado, ni tampoco seguirte para correr contigo los mismos peligros.

—Cuando el enemigo cruza delante del golfo para apresar nuestras naves, no serías tú la que me impidiese acudir adonde el honor me llama.

—De ningún modo; pero evídido la suerte de vosotros los hombres que teneis un honor, una bandera y una patria que defender, mientras que á mí no me será dado mas que dirigir al cielo plegarias por tu vida que es ya la mía.

—No abrigues ninguna inquietud, amada mía: lo que ahora va á suceder, no es casi mas que un episodio de nuestro amoroso coloquio, y muy en breve volveremos á este mismo sitio á continuarle. Si; yo te prometo volver á este nuestro sitio favorito antes de pocos días, triunfante y mas digno todavía de tu cariño.

—¡Así lo quiera el cielo!

Estas fueron las últimas palabras de la joven, que al parecer no abrigaba la misma confianza que su prometido esposo. Este pasó prontamente á la chalupa, y subió á bordo del navío adonde estaba destinado. Ya se levaban las áncoras, ya se desplegaban todas las velas y los buques se ponen en movimiento. Una brisa ligera los hace salir lentamente del puerto; mas cuando fuera de abrigo, la brisa se cambia en viento impetuoso y favorable, los navios siguen ya su rumbo certero con ligereza y magestad. Los marineros se agolpan sobre cubierta, fijos sus ojos en la playa: desde esta les dirigen afectuosos saludos, y Carmen, agitando su blanco pañuelo desde un punto avanzado del muelle, se despide tal vez para siempre del joven á quien con tanta pena acaba de dejar.

II.

Era el día 21 de octubre de 1805 cuando se avistaron las dos escuadras enemigas, la combinada de España y Francia á las órdenes del almirante Villeneuve, y la inglesa que venia mandada por el célebre Nelson. Había éste dispuesto sus líneas de ataque con admirable sagacidad, una á vanguardia y otra á retaguardia, y con el visible objeto de romper con la línea de vanguardia la línea enemiga, y coger á la escuadra entre dos fuegos. Atrevida era esta maniobra; pero Nelson podía ejecutarla, pues contaba con treinta y tres navios, casi tantos como los de la escuadra combinada, y tripulados por osados é inteligentes marinos. Penetró los intentos del inglés el almirante Gravina, que mandaba la division española de vanguardia, é hizo las señales necesarias; pero disgustado al ver las disposiciones que adoptaba el almirante francés Villeneuve, manifestó altamente su descontento, y pidió permiso para maniobrar solo. La contestación fué una negativa absoluta; pero la oficialidad española, que conocia lo desacertado de aquella orden, se acercó á su jefe, exigiendo que en tan criticos momentos dijese francamente lo que convenia ejecutar.

—Antes de todo, señores, contestó Gravina, nos es preciso obedecer. En nuestra posición no podemos oponernos á la combinación que nos destina á un punto mas bien que á otro. Donde quiera que estemos, que procure cada uno cumplir con su deber.

Ya estaba dada la señal de zafarrancho; cada uno habia corrido á su puesto; preparados estaban los cañones y las municiones de grueso calibre; prontas á avanzar las brigadas de abordage, y los respectivos pabellones nacionales flotaban orgullosos á vista del enemigo; un solo estampido que retumbase en el espacio, un solo cañonazo, y el combate estaba empeñado; pues bien, esta señal de guerra y desolación, el navio español *Príncipe de Asturias*, que mandaba Gravina, fué el que la dió el primero, rompiendo el fuego contra los enemigos.

Nelson, ordenado su plan de ataque, se dirigia con el poderoso navio *La Victoria* contra el *Bucentauro*, donde tenia su pabellon de almirante Villeneuve, que habia de perder el honor y la vida de resultas de esta memorable jornada, y el experimentado marino inglés para animar á los suyos al combate, no les dirige mas que estas breves y enérgicas palabras:

—¡Vengamos, ó vayamos á reposar á Westminster!

Así les recordaba el desprecio de la muerte, entusiasmandolos con la gloria póstuma y con la idea de reposar en el panteon de la abadia de Westminster al lado de los reyes, de los sabios y los héroes de Inglaterra. El combate se traba con encarnizamiento, los fuegos se

cruzan con horrible estampido y mortífero efecto por todas partes; pero el haber conseguido los ingleses romper la línea de la escuadra aliada, el rumbo del viento que se declara contrario á esta, y la desgraciada suerte del almirante Villeneuve, hacen desconfiar del buen resultado del combate. Entonces fué cuando las naves españolas, cortadas, y casi abandonadas por los navios franceses, algunos de los cuales ni aun tomaron parte en el combate, hicieron la mas brillante y heroica defensa. Nelson, cuando ya seguro de la victoria solo daba órdenes para aniquilar cuanto antes los buques españoles, recibe un balazo disparado desde la *Real Trinidad*, que mandaba Cisneros, y la pérdida irreparable de aquel célebre almirante, que falleció de resultas de la herida, hace á los ingleses pagar cara su victoria; pero tambien los enardece para vengarle, acometiendo con triplicadas fuerzas á los navios españoles que aun osaban resistir. Tres largas horas se sostuvo la lucha

con encarnizamiento entre una nube de humo y la espantosa confusion del estampido de la artilleria, voces de mando, gritos, imprecaciones, silbidos de los contramaestres y ayes de los moribundos, y como si el horror de la escena no fuese suficiente, empezaban ya á advertirse las funestas señales de una



VISTA GENERAL DE CADIZ.

furiosa tempestad. La *Real Trinidad*, contra la que principalmente asestan sus tiros los enemigos, llega á verse rodeada por doce navios ingleses de primer orden, formando alrededor de la española nave una inespugnable barrera que es imposible forzar. Los enemigos suspenden por un momento el fuego, esperando ver abatido el pabellon español en aquella desmantelada nave que se balancea sobre las olas en medio de un silencio aterrador. De improviso y á una sola voz de mando, mil rayos de fuego se desprenden de todos los costados de la *Trinidad*, las balas y metralla con horrible silbido llevan la muerte á todas partes, y no puede ser mas desastroso el efecto de aquella descarga general. Todos los buques ingleses la reciben á boca de jarro, y los mástiles se tronchan, las velas se rasgan, las jarcias se cortan y las astillas saltan en el casco de las naves, horadadas por las balas enemigas. La misma española nave que las disparara no puede resistir la violenta conmoción de la descarga, y las maderas estallan y el casco se entreabre dando entrada á las aguas del Océano, que van á mezclarse con la sangre que corre en abundancia por los entrepuentes. Eran las cinco de la tarde cuando las reliquias de las naves españolas abandonaron el campo de batalla para ganar el puerto de Cádiz. Diez y siete buques entre franceses y españoles quedaban en poder del enemigo, otros echados á pique, y otros incendiados ó volados con estrépito, quedando tambien desmantelados y cubiertos de cadáveres los buques ingleses, imposibilitados para

perseguir á los fugitivos, por atender al comun peligro pues sobrevenia una de las mayores calamidades que pueden imaginarse: la tempestad despues del combate.

III.

La copiosa lluvia, los relámpagos y truenos, el estallido del rayo y el silbido del viento se confunden en el espacio sobre el proceloso mar, cuyas olas, levantándose hasta las nubes, forman abismos con ruido espantoso, y la estensa parte del Océano que circunda el cabo Trafalgar presenta en aquella aciaga noche la imágen del caos en que se va á sumergir el universo. Al fatidico resplandor de los relámpagos, se descubre de vez en cuando á los navios que, incendiados, roto el velamen y las jarcias, y con los mástiles tronchados, van miserablemente á chocar unos con otros.

El valor ostentado en el combate es inútil contra la naturaleza desencadenada, y los que ven su muerte segura en aquella escena de horror, envidian la suerte de sus compatriotas que habian perecido gloriosamente combatiendo sobre la cubierta de su navio. No se perciben mas que exclamaciones de horror y desesperacion, gritos, votos y plegarias á los santos tutelares, en los momentos de silencio no menos pavoroso que el estruendo de la borrasca.

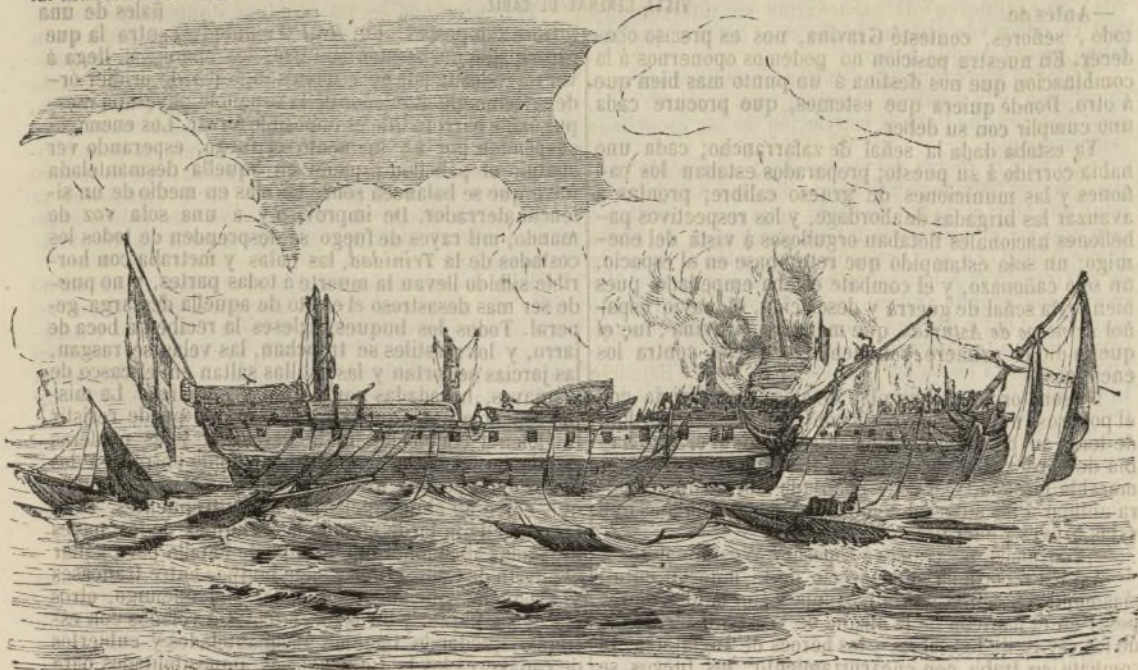
No es menos desconsolador el cuadro que presentan las marinas próximas al combate, cuando la primera luz del dia viene á iluminar los despojos de las naves, los cadáveres que el mar ha arrojado á la costa, y alguno que otro náufrago que ha podido luchar con las olas, para espirar tal vez estenuado de fatiga al llegar á la playa. Indecible es tambien la consternacion que en Cádiz esparcen los averiados buques que logran escapar de la borrasca. Toda la poblacion se conmueve, sale á las calles, se dirige á los muelles y á las playas. Todos preguntan por los objetos de su interes, por sus parientes, por sus amigos: todos quisieran acudir á su auxilio, y en medio de la desolacion general una sola consideracion sirve de paliativo, y es que tambien hay gloria para España en aquel vencimiento, y que bien podia ennoblecere al vencido, valor que de tal manera sucumbe.

La jóven Cármen, que en mortal expectativa esperaba el resultado del combate, es de las pimeras personas que despavoridas se lanzan á la calle. Ella, á pesar de su edad y sexo, vuela al muelle, pregunta, inquiere, vaga de una parte á otra llorosa y fuera de si, y nadie satisface sus deseos, ni tranquiliza su ánimo. Al fin tropieza con un marino que con natural desenfado la dice, que el alférez don Luis debe haber muerto ahogado, que habiendo saltado de los primeros al abordage de un navio inglés, animándole á el y á otros individuos de la misma brigada, habian quedado todos prisioneros por haberse apartado los dos buques; que despues los ingleses, viéndole herido y con él á otros varios, sea que se compadeciesen de la suerte de los españoles, sea que tuviesen necesidad de aligerar su nave, habian puesto á los prisioneros en unas malas chalupas, diciéndoles que se salvaran como pudiesen; que su chalupa habia zozobrado al llegar á la costa, y que á la de don Luis habia sucedido lo mismo aun antes de llegar á ella.

La desconsolada jóven, por un maquinal instinto, se dirigió entonces al parage retirado de la playa donde habia tenido la solitaria entrevista con su amante, y se estremeció de pies á cabeza al descubrirle revestido con su uniforme y recostado sobre la Peña que habia sido el punto de su despedida. Al instante le grita desde lejos:—¡Luis! ¡Luis! pero no responde: sigue con paso trémulo hasta él, siempre habiéndole, y al fin le pone las manos encima; pero retrocede llena de espanto. El jóven era cadáver; su vestido estaba calado de agua, y flojos y empapados de sangre los lienzos aplicados á su herida, que habia vuelto á abrirse con los esfuerzos desesperados que el infeliz jóven habia hecho para llegar hasta aquel punto de la costa.

Un frio mortal circula por las venas de la desventurada jóven: su cabeza se marea: quiere volverse, pero sus pies parecen clavados en aquel sitio: vuelve á contemplar aquel espectáculo y el corazon se le parte de dolor. Las fuerzas le faltan, y exclamando: ¡Luis! cae desfallecida sobre el cadáver de su amante, y en tal situacion fué hallada por las personas que no tardaron en acudir á su socorro.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.



COMBATE NAVAL.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

MARIA JUANA.

Algunos días después de la primera representación de *Antony*, se discutía acaloradamente en casa de la señora condesa de B*** acerca de los virulentos ataques del autor de este drama contra la amistad. Los unos, en corto número, los acusaban de paradojas, los otros, en mayor número, adoptaban con entusiasmo la misantropía de Mr. Alejandro Dumas, y se esforzaban en colmar de invectivas a esta pobre naturaleza humana, incapaz de un sentimiento tan noble y tan desinteresado como la amistad.

La señora condesa de B***, como lo atestiguan sus encantadoras obras, todas hijas de un pensamiento dulce y de utilidad, era una mujer de alta inteligencia y cuya inteligencia debía a su corazón. Sin embargo la bondad, no la excluía de la malicia; y dejó que la discusión se empuñase con bastante energía para que los adversarios no pudiesen ni por una parte ni por otra retroceder ó retractarse. Tan pronto parecía animar con una sonrisa a los partidarios de *Antony*, tan pronto a sus adversarios concediéndoles una grande atención y no menor interés á cuanto decían. En fin cuando se agotaron por una y otra parte los argumentos, y cuando los oradores en pró y contra llegaron á aquel estado de fatiga oral que permite una especie de tregua entre los partidos beligerantes, la señora condesa de B*** rompió el silencio.

—He sabido hace algunos días una historia que puede servir perfectamente de conclusión á la polémica de vds., dijo: ¿Quieren vds. escucharme sin interrumpirme? Ya saben vds. que mi pecho está débil y que me fatigo pronto cuando hablo.

Todos se acercaron á la condesa formando círculo, y se callaron, y la condesa comenzó casi á media voz, como persona que tiene la convicción de ser escuchada religiosamente.

—En toda la fuerza del terror, dijo, una pobre colchonera que habitaba en el barrio de San Antonio, dió á luz una hija: el padre, honrado artesano, inscribió á esta niña en el estado civil, bajo el nombre de Maria Juana Dubois. En esta época dar á un niño el nombre de la Virgen ó el de una santa venerable era hasta cierto punto una grande audacia; pero Dubois no se sintió animado de dar á su hija ninguno de los nombres extravagantes á la sazón en moda y adoptados casi exclusivamente para los recién nacidos; y en vez de llamarse Igualdad, Verdad, Junia, Pompeya ó Cornelia, recibió, pues, los nombres cristianos de *Maria Juana*, con gran sentimiento del oficial municipal, quien francó el entrecerco, y prometió inscribir á Dubois en la fatal lista de los moderados. Esta promesa no tardó mucho en recibir su ejecución, y á pesar de la pobreza y el poco interés que se tenía en perder á Dubois, fué vivamente molestado por los jacobinos. Su esposa le suplicó que se fuera, como todos aquellos á quienes perseguían, á buscar un asilo en el ejército... ¡Ay!... allí encontró una muerte gloriosa, y cayó en primera fila defendiendo con noble ardor las fronteras de Francia.

Maria Juana, tenía quince meses cuando un parte

del ejército del Norte hizo saber á su madre la muerte del valiente soldado: la digna esposa resolvió no volverse á casar, aunque su belleza y su buena conducta le valiesen numerosos aspirantes á su mano. Dedicóse exclusivamente á Maria Juana, la educó con esmero, y logró hacerla el modelo de las jóvenes del barrio de San Antonio. En 1815, un trabajador llamado Vignon, pidió en casamiento á aquella que todos amaban y respetaban en el barrio, y habiéndose casado con ella no tardó en llevarla consigo á Burdeos, su ciudad natal. Maria dejó con sentimiento á Paris, donde ya no le unía ningún vínculo, pues Dios acababa de llevarse á su madre.

Todo prosperaba en la casa de Vignon, merced á su gusto por el trabajo, y especialmente al espíritu de orden y á la bondad de Maria Juana; transcurrieron dos años de felicidad para los jóvenes esposos; mas luego Dios sometió de repente á crueles pruebas á la dulce y laboriosa joven. Vignon cayó enfermo; la enfermedad duró mucho tiempo, y no solamente impidió á Vignon de trabajar, sino que puso á Maria Juana en la imposibilidad de entregarse á otros cuidados que á los que exigía el triste estado de su esposo. De este modo pasaron diez y ocho meses durante los cuales los recursos de la casa se agotaron poco á poco; vino la miseria... ¡La miseria en la casa de un enfermo!... la miseria con todas sus privaciones y todos sus dolores!

Aquí la señora condesa de B*** hizo una breve pausa y miró en su derredor.

Todos la escuchaban con una profunda atención, y nadie pensó en tomar la palabra, al paso que la condesa se concedía un poco de reposo.

Pero prosiguió en los términos siguientes:

—La casa donde Vignon se moría sin recursos y sin poder resignarse á entrar en un hospicio (pues para entrar en el hospicio es necesario separarse de la familia y de todas las personas á quienes se ama); esta casa, repito, estaba habitada por muchos vecinos ricos; oyeon hablar de la triste posición del obrero, pero no pensaron en socorrerle, y la única persona que se mostró compasiva hacia Maria Juana y hacia Vignon fué la viuda de un oficial de ejército, casi tan pobre como ellos, y que ocupaba un pequeño cuarto en frente de su boardilla.

Mad. Dutois tenía, durante el día, una academia de niñas: de noche cuando sus discípulas se hallaban en casa de sus padres, la maestra venia á sentarse á la cabecera de la cama del enfermo, y compartía con él el poco dinero que poseía. Conmovida con la resignación de Vignon y enternecida con la dulzura y la adhesión de Maria Juana, se fué poco á poco despojando de sus alhajas, de su ropa blanca y hasta de cierta parte de sus muebles; Maria Juana quiso rehusar, pero Mad. Dutois la decía:

—No debe vd. rehusarme lo que la traigo; esto es para vuestro marido, para aliviarle.

Y Maria Juana aceptaba llorando.

Sin embargo, el estado de Vignon empeoraba mas cada día; vino el delirio, y después del delirio la muerte. Mad. Dutois dió á Maria los únicos consuelos que pueden aliviar hasta cierto punto un corazón cruelmente herido. Lloró con su pobre Maria, y dividió con

ella su dolor. Ambas viudas se encontraban demasiado indigentes para tener una casa cada una en particular, por lo cual se reunieron en una misma habitación, y Juana María llegó a ser la auxiliar de Mad. Dutois en la dirección de la academia. No dejaban de tener discípulas, y la buena suerte comenzaba a sonreír a las virtuosas mugeres, cuando Mad. Dutois cayó enferma. ¿Saben vds. lo que hizo entonces María Juana?

—Abandonó a Mad. Dutois, respondió riéndose un joven caballerito que había por la mañana injuriado en un periódico al bienhechor de quien había comido el pan por espacio de dos años.

—Se engaña vd., caballero, contestó la condesa, pues tuvo hacia Mad. Dutois la misma adhesión que había tenido hacia Vignon, y se hizo asistenta de dos ó tres casas para ganar algún dinero, puesto que las discípulas se fueron, cuando los padres supieron la gravedad de la enfermedad, y que por lo tanto debía durar mucho tiempo.

Con efecto, aquella enfermedad debía durar mucho tiempo, porque Mad. Dutois quedó paralítica; y ya ve vd., caballero, como María Juana no siguió los principios que vd. profesa.

—Pero esos no son mis principios, repuso el joven. La experiencia solamente....

—Tomo a la retractación de vd., y le felicito por ello; mas otra vez reflexione vd. antes de vilipendiar tan de ligero la humanidad; Montaigne lo ha dicho: «Aquellos que tratan mal a los hombres los miran por los balcones de su propia conciencia» continuo.

Sin embargo, forastera en Burdeos María Juana, aun cuando laboriosa, apenas podía subvenir a sus necesidades y a las de su amiga; no le basta a un artesano mostrarse laborioso, recto, probo; es menester que encuentre trabajo; la sociedad, bastante caritativa para no rehusar el pan a los que lo necesitan, no lo es al punto de poder darlo a los que primero que nadie le pueden ganar y mas lo han menester, y sería por lo tanto mas digno de una civilización adelantada prevenir la miseria que socorrerla. María, que prefería un salario a la limosna, pensaba sin duda de esta manera, cuando quiso regresar a París esperanzada en hallar allí el trabajo que no podía encontrar en Burdeos. Es muy fácil cambiar de lugar cuando se puede tomar un billete de diligencia, ó cuando uno se ve fuerte y robusto para atravesar las distancias a pie con la misma rapidez que las atraviesa una joven imaginación. María tenía veinte y ocho años, buena salud y dinero con que pagar su posada todas las noches; el camino no la asustaba... Pero ¿y su amiga? Tenía cincuenta y dos años y una parálisis; en Burdeos había hospitales lo mismo que en París, pero qué triste es la residencia de un hospital, y siendo necesario favor para entrar en él! Por otra parte, Mad. Dutois era la única que reflexionó sobre la naturaleza de este asilo, y sobre las dificultades que se oponían a ser admitida en él; pero María no pensó en ello un solo momento, sino que meditó mucho tiempo acerca de los medios que emplearía para trasportar a Mad. Dutois a París, pues yendo María a esta ciudad, por fuerza debía acompañarla Mad. Dutois.

Cuando María declaró a su amiga de un modo positivo que temía la miseria lo mismo que a la muerte, y que por lo tanto estaba decidida a no diferir la partida, la anciana viuda respondió con cierta inquietud:

—Si, es preciso dejar a Burdeos; pero yo.... ¿cómo me iré yo?

—Ya lo he pensado.

—Veamos.

—Es preciso que primero vendamos nuestros muebles.

—Sin duda; pero ¿qué valen ellos?

—Ya tengo hecha la venta.

—Pero nunca tendremos con qué pagar dos asientos en la diligencia, con qué sustentarnos en el camino y con qué esperar la obra de París.

—Pero si no es en la diligencia donde nosotras vamos a partir.

—Tu puedes ir como te acomode, porque tienes buenas piernas; pero yo que no puedo levantar un pie.

—Lo sé, y por eso lo he arreglado todo como conviene; compro primero un pequeño carreton, y tan pequeño que no cabrá en él mas que un colchon, pues es necesario que tu colchon vaya delante; nuestra maleta de ropa blanca irá rodando.

—Pero querida amiga, hace falta dinero; un carreton, un caballo; ¿qué quieres hacer de un carreton sin caballo?

—Mira, el carreton no comerá en el camino, pues voy a ser yo la que tire de él.

—¿Tu vas a tirar de mí?

—¿Cómo quieres que se haga de otra manera?

—Dios mío! ¿es posible?

—Si hallas otro medio mejor, me alegraré.

Madama Dutois miró a María, y después de un momento de silencio la dijo:

—Pero se burlarán de nosotras en el camino.... Una joven que tira del carreton donde va una vieja....

—Ya he pensado en eso, pero tambien he imaginado decir mientras dure el viage que eres mi madre!

—Ah! y eres tú la que me sirves de madre!

El 22 de marzo de 1822, María dispuso su carreton, cuyos arcos estaban cubiertos con un paño verde que aumentaba mas su peso, pues era preciso que su amiga no sintiera el frio: colocó en él a la pobre viuda y a un perrito, y atándose a los brazos del carreton tomó el camino de París a pesar de las miradas de los vecinos que estaban mas admirados que enternecidos.

Durante la primera jornada llovió mucho y el camino se hizo muy penoso, y no pudieron llegar mas que a Carbon blanco. Allí se perdió el perrito de Mad. Dutois, de lo cual dedujo un fatal augurio para el viage y se entristeció, pero María tranquilizó a su amiga. Sin embargo, ninguna circunstancia agradable animaba a la pobre muger; escitaba la curiosidad y no la benevolencia, y en Carbon blanco, los gastos de la posada y del alimento fueron exigidos a las pobres viageras sin disminución del precio ordinario.

La segunda jornada se terminó en San Andrés de Cubzac, donde el Dordoña se pasaba entonces sobre una barca. De un natural poco sensible el batelero del Dordoña, no vió mas que un nuevo modo de recorrer los caminos en la manera adoptada por la valerosa María; y así hizo que pagara el pasaje a precio de tarifa; esto es, pagar por ella, pagar por el carreton, pagar por Mad. Dutois, lo mismo que pagaban todos los dias, todas las mugeres y todos los carretones; pero una acogida mejor las esperaba a la caída de la tarde. Hallábase vacante en San Andrés de Cubzac una cátedra de instruccion elemental, y se la ofrecía a Mad. Dutois una persona que ella conocía en aquel punto; pero para la colchonera no se encontró obra. Demostraron a María la ventaja de caminar hacia París sin carreton y sin la anciana, pero ambas rehusaron y se pusieron de nuevo en camino.

Un episodio señaló la cuarta jornada; en la encrucijada de un valle se atascó el carreton y resistió a los esfuerzos de María: fatigada y cubierta de sudor se sentó tristemente y miró a Mad. Dutois, cuyos ojos se hallaban cubiertos de lágrimas.

Un viejo campesino les indicó una casa situada detrás del valle, y María se decidió a ir allí para pedir socorro; mas un criado de la quinta se negó a su asistencia, y María llegó hasta el dueño de ella que mandó al punto a otro criado para que ayudase a la viagera

con su caballo; merced á este animal que reemplazó á Maria se atravesó la encrucijada, se subió una larga cuesta y Maria llegó á Chouvanceau, donde vió venir casi al mismo tiempo al primer criado de la quinta, quien pidió perdon por su anterior negativa y dió á las pobres viageras seis francos de parte de su amo. Este dinero se recibió muy oportunamente, pues el posadero de Chouvanceau no alojaba á nadie gratis.

La quinta jornada debía conducir á las viageras mas allá de Barbezieux; habia que andar ocho leguas largas; el valor de Maria no se debilitaba pero comenzaban á agotarse sus fuerzas mugeriles; y sin embargo la Providencia las enviaba el compañero de camino mas deseado en su posición. Luis, un buen carretero, que conducia un carro cubierto cargado, tirado por seis robustos caballos, lanzó una mirada compasiva sobre el carretoncillo, y entrando en conversacion con las viageras, ofreció aliviar el peso que llevaba Maria, alando en la espalda de su carro el pequeño carreton, y como Maria se veia aun obligada á andar junto al carreton para que no balanceara, el buen carretero marchó al lado suyo y la alentó haciendo el elogio de su resolucion.

La sexta jornada, la mas larga, fué tambien la mas interesante. Angulema era el sitio á que esperaban llegar; habia que andar nueve leguas, pero Luis y sus caballos eran un grande auxilio: durante el camino se reunieron á ellos otros carreteros y todos quisieron arrastrar á su vez á Mad. Dutois para juzgar por ellos mismos de las fuerzas de Maria. Estos ensayos se hacian tan alegremente y con tal algazara, que llamaron la atencion de una señora que caminaba en una calesa con direccion á Angulema. Mandó parar el carruaje, y preguntó el motivo de aquellas risotadas: Luis se adelantó y respondió á la señora:

—Esta es una muger que se ha enganchado para tirar de otra, anciana y enferma.

Pero él no se admiraba mas que de una cosa, y era de que las viageras no hubiesen recibido la indemnizacion de camino y carruaje, la anciana como viuda de un oficial de ejército y la jóven como jornalera sin trabajo y que volvía al pueblo de su nacimiento. La señora apenas le escuchaba; queriendo ver con sus propios ojos, á la generosa criatura capaz de semejante adhesión, bajó de la calesa, y á pesar del mal tiempo se aproximó al carreton, levantó el paño verde y quedó inmóvil y enternecida delante de la paralítica.

—Estas son las señas de mi casa, dijo á Maria entregándole una tarjeta. Cuando llegue vd. á Angulema haga vd. por verme.

Luego apretó la mano de Maria, se subió á la calesa y prosiguió su camino.

—¿Quién será esta señora que no la ha dado miedo de andar por encima del lodo? preguntó Luis.

—Leyeron en la tarjeta el nombre de la condesa de J***.

Todo se adivina ahora: la señora condesa de J*** ob-

tuvo un papel de viage que valió á sus protegidas el favor de un carruaje tirado de jornada en jornada por un caballo; ademas recibieron tres sueldos por legua que Luis habia reclamado para ellas, y la relacion de la condesa pareció tan maravillosa á las autoridades de Angulema, que á pesar del testimonio de la condesa y de sus instancias y de la regularidad de los papeles, que las viageras llevaban consigo, se creyó conveniente escribir sobre el particular á las autoridades de Burdeos.

La respuesta llegó de Burdeos, y como era honrosa y favorable las dieron el papel de camino. Maria y su amiga fueron, pues, en coche á espensas del estado, desde Angulema á Paris.

A pesar de la seguridad aparente de su nueva manera de viajar, Mad. Dutois, y sobre todo Maria, sintieron y echaron de menos algunas veces su primer medio de trasporte. Por ejemplo, se vieron un dia colocadas en un carro al lado de quintos, desertores, y escoltadas por la gendarmeria, y en muchos lugares tuvieron á estas dos mugeres por criminales.

En otra ocasion tuvieron á su lado una loca, lo cual hizo decir á Maria que el bien nunca se obtiene de un modo completo.

En fin, llegaron á Paris, donde siempre inseparables, Maria y Mad. Dutois, aun cuando la primera encontrase poca obra, y la segunda estuviese siempre enferma, escaparon no obstante de la miseria por los cuidados de una amiga de Mad. de J***.

Y bien, ¿qué dicen de mi historia los misántropos y los que piensan que la amistad no es mas que una palabra vana?

—Yo pienso, repuso el jóven de antes, que procuraba excusarse por la leccion que habia recibido, pienso que Maria Juana y madama Dutois son una rara excepcion en una regla casi rigurosamente absoluta. Por eso la sociedad no tiene recompensas para esas virtudes excepcionales.

—Se equivoca vd., caballero; la sociedad recompensa las virtudes oscuras. Si mañana 9 de agosto quiere vd. ir al Instituto, oirá proclamar el nombre de Maria Juana Vignon. El ilustre presidente del cuerpo mas ilustre de Europa, Cuvier, concederá á esta pobre muger un premio de dos mil francos. Maria Juana no sabe nada todavía; ignora los motivos que han hecho convalidarla á venir mañana temprano á mi casa. Ella me acompañará á la Academia y allí encontrará á madama Dutois, allí sabrá, que gracias á Mr. de Montyon, las virtudes domésticas no son condenadas en Francia á morir ignoradas y sin servir de emulacion y de ejemplo. Si, la amistad es una pasion santa que Dios ha dado al hombre para ayudarle en las pruebas de la vida. Un peso soportado por dos pierde casi toda su pesantez.

Esta vez ninguno replicó, pues todos quedaban convencidos.

ENRIQUE BERTHOUD.



ANECDOTAS HISTORICAS.



Una reunion de protestantes sorprendida por tropas católicas.—Copia de un cuadro de Mr. Karl Girardet.

El siguiente pasaje de la historia de Francia por d^e Anquetil, parece haber dado motivo al autor, que era protestante, para la composicion del cuadro que reproducimos en el grabado.

«Después de la revocacion del edicto de Nantes

1010 VII.

en 1685, volvieron á empezar las persecuciones contra los protestantes, con nuevo vigor. Cercados por todas partes, se vieron obligados á reunirse y á refugiarse en los bosques y en las cavernas mas retiradas, y cuando los soldados católicos guiados por los frailes, los sor-

35

prendian, el ministro era conducido á la hoguera, y los demas á las galeras. Por espacio de mucho tiempo los protestantes no opusieron á todas estas persecuciones mas que la resignacion, pero en 1703, cansados de tantos sufrimientos, se decidieron á tomar las armas, etc.»

Un correligionario de Mr. Girardet ha recogido un gran número de hechos relativos á estas desgraciadas disensiones. Estos recuerdos entristecen tanto, como admiran á nuestro siglo, donde parece que cuesta trabajo concebir el entusiasmo religioso. Gozamos quietud, y sin embargo no podemos lisonjearnos á espensas de nuestros antepasados; la indiferencia puede tener tanta parte en esto como la tolerancia, y no es por cierto accion heroica ser humano cuando se duerme; seamos modestos sobre todo, y pensemos que si el fuego de la conviccion religiosa no arma nuestro brazo contra nuestros hermanos, desgraciadamente no acontece lo mismo con respecto á los intereses políticos; solo hemos cambiado el grito de guerra, y nuestras generaciones, por consecuencia, no están exentas de la acusacion de haber hecho derramar la sangre humana..... ¡Qué lejos está todavia el momento de la paz y de la union tantas veces anunciada por personas elocuentes y fervorosas!

En Alemania, en Francia, en España no han faltado escritores de talento para referir las turbulencias, las violaciones, los excesos de toda especie, que han sido consecuencia del gran movimiento de la reforma, y que se han renovado en el siglo último; pero se podria preguntar, ¿por qué no se ha referido algun hecho especial acerca de los generosos esfuerzos que un corto número de hombres han tentado en distintas épocas en interés de

la reconciliacion? En semejante cuadro se hubieran podido reunir muchos rasgos particulares y honrosos para todos los partidos, y dignos de ser propuestos como consuelos y como ejemplos. Repasando algunas obras de polémica religiosa, á propósito del cuadro de Girardet, hemos hallado citada entre otras la anécdota siguiente que enagena el corazon.

En la primera mitad del siglo XVI mientras que los partidarios Zwingli, los de Lutero, los del papa y los sectarios de todas clases se despedazaban en nombre de una religion de paz y de amor, un cura suizo llamado Tschudi, desconsolado al ver á sus feligreses divididos en dos fracciones encarnizadas, subió un dia al púlpito y se espresó en estos términos: «Vuestros ódios, vuestras querellas, con motivo de una religion cuya esencia es la caridad, me afligen profundamente. Poned vuestros ojos en lo esencial y no os atormentéis por las diferencias que os dividen hoy; no abandoneis á vuestro pastor; vosotros sabeis si os quiere. Hasta que agrade al Señor ilustrarnos y disipar nuestras dudas, por la mañana diré misa para aquellos que quieran misa, y por la tarde predicaré para aquellos que prefieran la predicacion, y de este modo la diversidad de nuestras opiniones no impedirá que nos amemos.»

Mas nos hubiera gustado ver en el cuadro de Girardet al cura Tschudi exortando á sus feligreses, y obligándolos á arrojarlos los unos en los brazos de los otros. Pero este asunto seria menos facil de tratar, y los poetas y los pintores necesitan dramas, porque la tolerancia presta á los artistas una mediana inspiracion y tiene ademas pocos panegiristas.

ESPAÑA CABALLERESCA.

SIBILA FORCIA,

PUERTA DE PEDRO IV DE ARAGON. (EL DEL PUÑAL).

VI.

Tres años habian trascurrido desde la separacion del conde de Palas y la reina doña Sibila de Forcia.

Tristes habian corrido los dias para el enamorado joven, desterrado voluntariamente de la presencia de el objeto de su amor por no faltar á lo que debía á su generoso bienhechor.

Mas tristes habian pasado aun los dias para la desgraciada Sibila, luchando continuamente entre su deber y su pasion, y triunfando de esta á costa de destrozarse su corazon, en donde ardía alimentado por la soledad un fuego activo, ardiente, impetuoso.

Pedro IV habia caído en accesos frecuentes de melancolia, que le ocasionaban los disgustos que le causaba su hijo rebelde, que, de carácter débil era dirigido por doña Violante, con quien se habia casado á despecho de su padre, que perseguia á todos los amigos de este, y que hacia á su madrastra doña Sibila, la guerra mas cruel y encarnizada, propalando las mas atroces calumnias y dándolas un grado, un carácter de certidumbre, mandando que en Gerona, de cuya ciudad se hallaba apoderado hacia tiempo, un juez respetable, procediese á formar causa sobre aquellos mismos rumores. Proceso singular y de que no hay ejemplo en la historia. ¡Una reina ocupando el trono procesada por el que

esperaba á la muerte de su padre suceder en él!

Tantos disgustos, tantos sinsabores habian quebrantado el alma de hierro de Pedro IV. Una desgracia terrible vino á hacer mas funesta la situacion de doña Sibila. Una tarde su hijo don Carlos, en quien reposaban todas sus esperanzas para el porvenir, en quien se concentraban todas sus afecciones fué arrojado de un brioso caballo cordobés que montaba con la mayor gallardia, y murió á los dos dias.

Espantosa fué entonces la soledad de Sibila y de Pedro IV.

Este quiso tener á su lado al conde de Palas cuya ausencia se le hizo entonces mas penosa; obligó él mismo á Sibila á que le escribiese mandándole su vuelta, y para convencerle le llamaba como el unico apoyo, como el escudo que debía parar los terribles golpes que se preparaban contra ella, golpes que no recataban sus poderosos enemigos, el dia en que Pedro IV, gastado por los años, consumido por los pesares, bajase al sepulcro.

Sibila tuvo que escribir al conde de Palas á pesar suyo, pues ella sabia á cuanto se esponia, y cuantas luchas habia sostenido por tanto tiempo su corazon. Pedro IV era tenaz y creia vencer solo con su imperioso acento el odio y el resentimiento que suponía abrigaba aun Sibila, porque Palas habia tomado años antes con demasiado calor una parte en los injustos celos que le causaba su hermano el infante don Jaime.

El conde Palas volvió inmediatamente á Barcelona. Pedro IV halló un consuelo con su presencia, y la desgraciada Sibila Forcia vió redoblarse su pasion, aunque como virtuosa luchó por largo tiempo aun; empero la fatalidad es mas fuerte que los esfuerzos de los dé-



biles mortales. Sibila no tenía mas apoyo que en sí misma. Su mismo esposo se había conjurado sin conocerlo contra su virtud!...

VII.

En uno de los mas retirados aposentos del palacio real de Barcelona, en la noche del 3 de enero, noche fria y que una continuada lluvia hacia mas lóbrega, yacía postrado con una enfermedad mortal el rey de Aragón don Pedro IV, de edad de setenta y cinco años, de los que cincuenta y uno había ocupado el trono, habiendo hecho grandes cosas y sostenido con tanta grandeza y magestad la dignidad del trono. Descansaba en una cama, sobre cuyas cortinas sostenidas por cuatro columnas de ébano, se veía el escudo de las armas de este gran soberano, que á la vez que un gran guerrero fué un prudente legislador.

Pedro IV tenía sobre su rico lecho el pobre hábito de San Francisco, con que quería cubrir su cadáver, para hacer penitencia sin duda del orgullo que había mostrado en su vida tan severa y exigente en la etiqueta real, que le había valido el sobrenombre del *Cerebromoso*, y para reconocer que era igual al mas pobre, al mas pequeño de sus vasallos antes de encontrar esta ley escrita en la tumba. Acababa de recibir el sagrado Viático con que la iglesia en su piedad fortalece á los que van á emprender el inevitable viage de la eternidad; pan de vida y de consuelo que la iglesia suministra lo mismo al príncipe que al mendigo, porque ante Dios todos los hombres son iguales, y en su amor Cristo redimió á todos los hombres sin preferencia alguna.

Las hachas de la triste ceremonia acababan de apagarse; el clero y los ricos hombres del reino que habían asistido á la administración del Sacramento se habían retirado. No quedaban en la régia estancia, iluminada por el vacilante reflejo de una lámpara, cuya luz amortiguaba un cristal labrado de Venecia, mas que un sacerdote que murmuraba algunas oraciones, y una mujer joven aun, pálida, y de cuyos ojos se desprendían abundantes lágrimas. Reinaba el mas profundo silencio que solo interrumpía el murmullo de las preces del sacerdote, los sollozos de la joven, y el ruido de la lluvia que azotaba fuertemente las vidrieras de las ojivales ventanas del aposento.

Aquella joven pálida, llorosa, era la reina Sibila. Forcía que se hallaba en el mayor abatimiento. Sus ojos se fijaban en aquella cama donde yacía próximo á la muerte su anciano esposo, cuyo estado era conocido en Barcelona. En medio de la oscuridad de aquella solitaria estancia veía cual una sombra todas las pompas de la cámara real, los escudos de las barras de Aragón y Cataluña, y las coronas.

Al ver aquellos emblemas del poder real medio sumidos en las tinieblas, pensaba Sibila que las grandezas del rey de Aragón bajaban con él á su tumba. Don Pedro IV se hallaba sumergido en la nada, precursora de la muerte. Su esposa veía que para ella la muerte hubiera sido un asilo, pues el poder iba á pasar á manos del infante don Juan su hijastro, que se hallaba en la ciudad de Gerona, que se había mostrado su mas cruel enemigo, y que había tomado contra ella las armas, habiéndose hasta atrevido á formarla proceso sobre supuestos y atroces crímenes, cuando aun se hallaba en el trono, cuando aun compartía el talamo de su padre, rey tan respetado y temido de todos sus pueblos.

Muerto Pedro IV un solo hombre podía interesarse por ella, y ella había luchado tanto tiempo contra el interés que inspiraba á aquel hombre!

La noticia del triste estado en que se hallaba el rey Pedro IV, era conocida de toda Barcelona, haciéndose

mil versiones, á cual mas absurdas, sobre el carácter de la enfermedad que aquejaba á S. A. y que le tenía postrado en el lecho de la muerte.

Era voz general en el pueblo bajo, que al rey le habían dado hechizos, y que al paso que el padre se hallaba agonizando en el palacio de Barcelona, su hijo don Juan se hallaba muy enfermo en el ducado de Gerona. Susurrábase en la ciudad que la esposa de este, doña Violante, había mandado secretamente instruir un proceso contra la reina, su madrastra, y que de él resultaba que doña Sibila no solo había hechizado al rey su marido, sino al mismo príncipe don Juan, su hijastro, y este absurdo, que era la convicción de aquel pueblo, se resistiría uno á creerlo si la historia no lo hubiera consignado auténticamente, y si dicho absurdo rumor no hubiese sido el origen de las grandes calamidades que amagaban á Sibila, reina y poderosa en aquel momento, desvalida y perseguida dentro de muy poco.

A este rumor se añadía la maligna voz de que el conde de Palas, grande amigo de doña Sibila, era aun algo mas... Porque la malicia del pueblo no solo adivina las debilidades de sus señores, sino que las forja y las da cuerpo y vida en su exaltada imaginación, apoyado por algunas personas mal intencionadas que jamas faltan en los palacios de los reyes, aun cuando á ellos deban su poder y subsistencia. Propalaron que el intento de la reina era escapar con todos los suyos apenas muriese Pedro IV, llevándose las alhajas y el dinero que había; y los que esperaban medrar en el nuevo reinado, los que creían hacer un gran servicio al futuro rey ensañándose contra la reina, á quien suponían su enemiga por haber visto que era hacia mucho tiempo el objeto de su odio, se hallaban avisados y preparados para cuando llegase el caso, y ponían en sorda fermentación todos los barrios de la ciudad; dieron el proyecto que suponían á la reina como cierto; en breve tomó un alto grado de publicidad que el rey ya había muerto; y cada cual en las circunstancias que se presentaban echó sus cuentas para sacar el partido mas ventajoso á sus intereses.

Los enemigos de doña Sibila, y los parciales de su hijastro el duque de Gerona, heredero del reino, se alborotaban, y conmovían el pueblo para que sirviese de instrumento á sus ambiciones y á su odio. Los cortesanos de oficio cuidábanse poco de las personas, siendosus ocupacion unicamente adular al poder, cualesquiera que fuesen las manos en que este estuviese, y trataban de congraciarse con el futuro monarca abandonando al moribundo, desfilando sucesivamente, y saliendo de palacio, en el que solo había una sombra de rey, y bien pronto habria un cadáver, para ir á conquistar con bajeza la seguridad de seguir ejerciendo su oficio.

Los amigos de la reina, pocos en número, temerosos de la suerte que les aguardaba, andaban desalentados, inciertos de los medios necesarios para su salvación. Los suntuosos salones del palacio de Barcelona se hallaban solitarios, ó ocupados por gente insignificante y criados inferiores, dispuestos á aprovecharse de la general confusion, para saquearlo en cuanto diese su último aliento el rey, á quien hemós visto postrado, débil y moribundo en su cámara real. A su lado se hallaba Sibila, aquella mujer que había resistido con tanto valor á sus propias pasiones, y que veía amontonarse tan terrible tormenta sobre su cabeza: sus suspiros solos eran los que interrumpían el silencio de la lúgubre estancia.

Salió de ella la reina á las diez y media, llegóse á donde se hallaban sus camareras, y preguntó por el conde de Palas.

En aquella ocasion el conde de Palas era mas que su amante; era el único hombre de quien esperaba su salvación.

Respondiéronle las camareras que se hallaba ocupado en adquirir noticias del estado en que se encontraba la ciudad.

—En tanto que don Juan no se halle aquí, respondió la reina, no debe amenazarme ningún peligro; yo no tengo ningún enemigo mas que él y doña Violante su muger, y los dos están en Gerona....

—Pluguiese al cielo, señora! respondió abatida una de sus damas.

—Pues qué no está don Juan muy enfermo en Gerona? replicó la reina.

—Don Juan está muy enfermo en Gerona, contestó la camarera con la mayor consternación, empero sus parciales se han puesto en movimiento. Salid, señora, y vereis esos salones, antes tan concurridos y alegres, cuan tristes y solitarios están; asomaos al balcón, y á pesar de la tempestuosa noche, vereis numerosos grupos en actitud amenazadora contra el palacio, y á los que detiene mas el respeto y la presencia de vuestro augusto esposo que la resistencia que pudieran encontrar.

—Dios mío ¿qué será de mí?....

En aquel momento el rey, un poco mas recobrado, hizo llamar con instancia á Sibila. Acudió ella con prontitud, y halló al enfermo algun tanto mas despejado; pero tan abatido de fuerzas, que apenas podia hacer algun movimiento. Aquella naturaleza de hierro se hallaba ya destruida; la vida se escapaba por momentos de su gastado cuerpo.

—Pocos instantes deben quedarme de vida y necesito aprovecharlos, dijo el rey con voz débil y entrecortada; acaso he tratado á mi hijo con demasiada crueldad y despego. Tú no has tenido la culpa, Sibila; lo sé, pero él te la atribuye á ti, y mas que él porque conozco su carácter débil, su muger que es tu enemiga. Todo debes temerlo de su venganza, cuando yo no exista. Evita su cólera marchando inmediatamente con buena escolta á Francia ó á Castilla; el conde de Palas debe acompañarte....

—Yo no os abandono en semejante situación, exclamó la reina hincándose de rodillas y besando llena de lágrimas aquella mano arrugada por la edad, y abrasadora como un ascua por la fiebre.

—Es preciso, replicó el rey, y tú debes conocerlo; no he visto al conde de Palas!....

Un hombre completamente armado, excepto la cabeza, entró en aquel momento en la regia estancia; parándose en la puerta de la cámara. Conociólo el rey á pesar de su estado; llamóle por su nombre, y el jóven conde fijó sus ojos en su rey contemplándolo con doloroso éxtasis. El rey á fuerza de grandes esfuerzos logró incorporarse un poco sobre la cama, y dejó caer una tierna mirada sobre Sibila, que permanecía arrodillada, y sobre el jóven que se presentaba en aquel momento como el unico salvador de la esposa que iba á abandonar sobre la tierra. Una viva emoción agitó el alma del rey, empero la edad y la enfermedad habían helado su sangre; ningún signo de alteración se notó en su fisonomía.

—Dios te envia, dijo con una voz sorda, para velar sobre mi esposa.

Los ojos de Palas se arrasaron de lágrimas. ¿Cuántos pensamientos y de cuan distinta naturaleza debieron atravesar en aquel momento por su cabeza!

—¡Hijo mío! siempre te he mirado como tal; la muerte no tardará en sentarse á la cabecera de mi cama; hoy fuerte y poderoso nada podré mañana por Sibila. Contempla los últimos relámpagos que la llama inmortal que brilla en mi seno arroja sobre la tierra antes de volver al celeste hogar de donde emana; es el sol de la tarde que lanza sus espirantes rayos sobre la cabeza de la fresca y risueña aurora. Solo cuento contigo,

Palas, para que protejas á esta muger que tanto he amado; para que me reemplaces en ser su apoyo y su sosten. Lleva siempre franca y valerosamente la espada que pende en tu cintura; sirve fielmente al principe mi hijo, á quien consagrarás tus servicios; empero no abandones jamás, hijo mío, la magestad á que has consagrado tu corazón y tu brazo. Mide tu constancia y tu adhesión por la grandeza de los peligros que te esperan; y si despues de mi muerte, odios de familia llegasen á querer destruir la púrpura real que ha cubierto la esposa



que eligió mi corazón, abraza su servicio, y si Dios no te destina á caer en el campo de batalla defendiéndola, participa de su prision, y no dejes tu vida sino bajo el hacha que corte la de una reina abatida!....

Estas palabras hicieron una terrible sensación en el corazón de Sibila. La violencia de las emociones, los terribles acentos que en son profético pronunciaba en aquellas horas solemnes un rey moribundo, agitaron su pecho, cerró sus ojos y dejó caer su cabeza medio desmayada.

—Conde de Palas, continuó el rey cada vez mas agitado, mi mano tiembla.... mis ojos se oscurecen.... dentro de poco habrá Dios puesto fin á mi existencia; no sé sin embargo.... ¡Adios, hijo mío! recoge mi pobre esposa; devuélvela el apoyo que ella te prestó cuando eras huérfano, á mala, querido hijo; y la voluntad de Dios se cumpla.... no tardes; vela por su seguridad, y acompaña hasta ponerla en salvo.

Inclinóse el conde de Palas, y pasando su mano al rededor de la cintura de doña Sibila la ayudó á levantarse diciéndola al oído: venid señora, no hay tiempo

que perder; y tomándola de la mano la arrastró, mas bien que la condujo, fuera de la cámara real.

—Señora, prosiguió el conde luego que llegaron a la estancia de la reina, es preciso salir al momento de la ciudad; la seguridad de V. A. peligra si nos detenemos un solo momento.

—¿Pues qué peligro hay? exclamó Sibila consternada.

—Los secuaces del duque de Gerona, que bien pronto por desgracia vuestra será rey, han conmovido la población, y numerosos grupos vagan en derredor de palacio propalando las noticias mas absurdas; tal vez, señora, no tarde dos horas en estallar una sedición. Yo he recorrido la ciudad; he hablado con varios menestrales, y he procurado reclutarlos partidarios; ¡con cuánto afán, señora, vos debéis conocerlo! En este momento los enemigos de V. A. se reúnen todos en casa del obispo, y esta reunión es demasiado numerosa; de ella han de resultar terribles alborotos. Yo he necesitado toda la influencia de mi nombre, todo el brio de mi brazo, todo el entusiasmo que me inspira el peligro de V. A. para transitar por las calles, y tomar medidas á fin de defender el palacio, cuyas puertas, señora, están guardadas por gentes de mi devoción, y yo respondo de ellas. Venid, señora, marchemos, un momento mas tarde ya no será tiempo.

Aterrada quedó Sibila al oír semejantes noticias, sabía que aquel hombre no la engañaba; sus remordimientos mismos se hallaban á cubierto en aquel instante, porque su esposo moribundo la había puesto bajo la salvaguardia de aquel hombre; de aquel hombre cuyo amor ella constantemente había resistido; de aquel hombre á quien á su pesar ella cada vez amaba mas; del único que en aquel momento de desconsuelo se hallaba á su lado, dispuesto á sacrificarle su vida, tan fiel y tan leal en aquella hora de la adversidad como lo había sido en el tiempo de su esplendor, cuando brillaba ante la Europa desde el elevado trono de Aragón.

El peligro no podía ser mas inminente. Comenzáronse á hacer á la ligera los preparativos del viaje; y no era lo mas fácil hallar el medio de salir de palacio sin que fuesen descubiertos por la gente que empezaba á custodiarle, atraída por la noticia de la fuga de la reina. El conde era joven, valiente; propuso abrirse paso á viva fuerza; empero descubiertos en su fuga caerían inevitablemente en poder de sus perseguidores. ¡Tiene tan pocos amigos un soberano que abandona su palacio y huye! ¡Da tanto ánimo á los contrarios el ver volver la espalda á su enemigo!

Todo era en aquellos momentos indecisión y fluctuación; todo era angustia y terror, porque la vista del peligro quita la serenidad aun al mas valiente. Hubo un momento en que hasta se pensó en abandonar el proyecto de la fuga; empero la multitud reunida en la plaza del palacio empezó á dar muestras de impaciencia, saliendo algunas voces que pedían ver al rey.

Terrible era la situación de Sibila y del conde de Palas en aquellos momentos. Un herrero, un hombre del pueblo, uno de los pocos que la noche antes había procurado reclutar el conde, vino preguntando por él. Como en aquellos momentos cualquier aviso; cualquier incidente por poca importancia que presentase debía escitar sobremanera su atención y podía ser un camino que les deparase la Providencia, lo hicieron entrar inmediatamente. El hombre del pueblo quedó atónito al presentarse en la regia estancia, porque no contaba ver acompañado al conde, á quien buscaba, de la misma reina. La vista de aquella mujer, á quien su mismo dolor y el llanto embellecía, turbó sobremanera al menestral.

—¿Qué buenas nuevas nos traes? preguntó con aire triste el conde de Palas.

—¡Ojalá pudiera traéroselas! respondió el herrero; pero

solo vengo á avisaros del peligro que amenaza á...

La presencia de la reina contuvo á aquel hombre no atreviéndose á proseguir; empero el conde de Palas comprendió perfectamente toda la triste misión de aquel hombre, que aunque nacido en medio del pueblo y ajenó á todas las reglas de la política, no se atrevía á destrozar con su ruda franqueza el sensible corazón de una mujer que aun era su reina.

Sibila con la mayor amabilidad, y armándose de gran valor, animó á aquel hombre del pueblo, y le dijo:

—No temas asustarme; dílo todo.

—Pues señor, dijo el herrero con ruda franqueza, todo lo diré. Cree el pueblo que el rey está muerto desde ayer, y que se oculta su muerte con mala intención, proponiéndose forzar el palacio si no logra que el rey se asome al balcón.

—¡Asomarse al balcón el rey en el estado en que está! exclamó la reina consternada: ¡ah! eso es imposible.

—¿Tratan de forzar el palacio? replicó con indignación, dando una patada en el suelo el conde de Palas. Que vengan, que vengan y veremos si es tan fácil penetrar en él como aullar desesperadamente en las calles.

—Si los sublevados fuesen solo gentes del pueblo podrían rechazarlos, señor conde, á poca costa; pero los amotinados cuentan con una parte de los soldados, y vuestras guardias, aunque fieles, son harto pocas para resistir el ímpetu de los sediciosos.

Quedóse silencioso un rato el conde de Palas, consternada la reina, y callado el hombre del pueblo. Rompió este el silencio diciendo:

—Si el rey... pudiese...

Y empezó al mismo tiempo á titubear, porque él tenía también sus dudas sobre la existencia de don Pedro.

Conoció el conde de Palas, y tomando una resolución de aquellas que dicta el estremo peligro, dijo al hombre del pueblo.

—Sígueme....

Obedeció este, y ambos salieron de la estancia de doña Sibila, dejándola en la mayor ansiedad.

Pocos momentos después volvió á entrar el conde de Palas, solo, y dirigiéndose á la reina la dijo:

—Venid señora, á acompañar á vuestro esposo, que condescendiendo á los deseos de su pueblo se va á presentar á él.

Aterrada, suspensa, quedó Sibila. Presentóla entonces el conde la mano para conducirla á la cámara del rey, y en el camino la dijo en voz muy baja:

—Señora, es asesinarle, lo conozco, pero no hay remedio!....

Don Pedro, abrasado por la calentura, consumido por la enfermedad, se levanta, se envuelve en un gran ropón de pieles y al ver á la reina la dijo:

—Es el último sacrificio que me queda que hacer por ti. Tú, buen hombre, añadió con voz débil dirigiéndose al menestral, ves á decir á tus compañeros que su rey vive, y les agradece su buena voluntad. Sibila, este esfuerzo podrá acelerar mi muerte, pero sabes cuanto te he amado; no olvides al hombre que va á morir por salvarte.

El hombre de pueblo salió del palacio.

Pocos momentos después la irritación de la muchedumbre y los gritos tumultuosos habían llegado á su punto, empero, de repente quedaron calmados al abrirse el balcón principal de palacio, y al ver el pueblo entre el reflejo de las hachas de cera llevadas por una porción de criados, á un anciano pálido, debilitado, exánime, apoyado en el brazo del conde de Palas y de la reina doña Sibila. A los gritos de confusión y alarma, sucedió un profundo silencio. Todos descubrieron respetuosamente sus cabezas, y aquel espectro, aquella sombra de un rey ante cuya presencia habían temblado por tantos años, les dijo:

—Aquí estoy ¿qué me queréis?....

Estas palabras, aunque pronunciadas con voz débil, entre el universal silencio fueron oídas clara y distintamente en todos los ángulos de la plaza; nada, absolutamente nada interrumpía aquel silencio triste, solemne, lúgubre.

Pasado el primer momento sonaron estrepitosos vivas al monarca de Aragón. ¡Tan fácilmente pasa el pueblo de la indignación al entusiasmo! ¡Violeaban al rey, que por su imprudente exigencia iba a espirar mas pronto!

Apenas el rey volvió a acostarse en su lecho se desmayó, y en tanto la plaza había quedado libre, despejada; no se oía mas que el acompasado ruido de la lluvia y del viento, que había arreciado en las altas horas de la noche.

La reina Sibila y el conde de Palas con unos cuantos amigos suyos, aprovecharon la soledad de la plaza, lo crudo de la noche, y salieron del palacio de Barcelona, dejando un cadáver en el lecho, y un trono vacante en el palacio.

Al amanecer, el tumulto apaciguado por la noche tan fácilmente, volvió a crecer con el mayor impetu. No eran ya los clamores de la sedición, eran los espantosos rugidos de una tempestad de que era el pretexto la fuga de la reina Sibila.

¡Viva don Juan I! gritaban desahoradamente las turbas por las calles. ¡Muera Sibila que ha asesinado a su marido, nuestro buen rey don Pedro IV!

Estraviada así la opinión pública, grandes calamidades se preparaban a la joven hermosa que poco antes era el objeto de la adoración de aquel pueblo. ¡Tan poco hay que fiar en el entusiasmo y afecto popular!

VIII.

A la muerte de Pedro IV subió al trono su hijo primogénito don Juan duque de Gerona, bajo el nombre de don Juan I rey de Aragón. Su debilidad estremada le atrajo el odio de sus súbditos, y fué la causa principal de los disturbios y sediciones que agitaron su reinado; reinado que solo duró nueve años, empero que dejó una honda huella de desgracias en el país.

Grandes habían sido y serias las desavenencias ocurridas durante la vida de su padre; desavenencias que fomentaban en provecho suyo los distintos bandos en que estaba dividido el reino de Aragón, haciendo que el hijo primogénito hubiera estado siempre como un rival delante de su padre, como una viviente amenaza pendiente sobre su cabeza para privarle de la corona. Hijo rebelde había negado la obediencia a su padre en el gobierno y en el hogar doméstico. Era el caudillo de los bandos opuestos al rey; y habiéndose resistido constantemente a casar con una princesa de Sicilia, se casó en su lugar con doña Violante, la mujer mas á propósito para acalorarle en sus proyectos de rebelión.

Dos mujeres mediaban en la gobernación y en las guerras del reino; la una era Sibila Forcia, mujer del rey don Pedro, y la otra la esposa del primogénito y heredero.

La voz del pueblo, que algunos han llamado malamente la voz de Dios, que suele equivocarse casi siempre, y que se deja torcer por el odio y la ambición de los que le dirigen, achacaba a Sibila todas las desgracias del reino, sin mas fundamento que la cualidad de madrastra del infante, al paso que la segunda era considerada como una víctima sacrificada a la ambición de la reina y perseguida solo por ser esposa del príncipe heredero; empero Violante era ambiciosa, vengativa, y había declarado una guerra a muerte a doña Sibila, que algun tanto desvanecida con haber llegado a ser reina desde hija de un simple conde del Ampurdan, y

ocupada enteramente en el cuidado de su enfermo esposo y pensando ademas en su comprimido y reconcentrado amor, no había podido precaver los efectos del odio de su hijastra.

Muerto Pedro IV, alzaron pendones por don Juan I en Barcelona, y una diputación pasó a la ciudad de Gerona donde se hallaba enfermo el príncipe heredero. Doña Violante, había recibido por él a los enviados de la ciudad. Ella había llevado la palabra, ella había nombrado los nuevos dignatarios de la corona; su marido aparecía como una mera sombra, como un fantasma de rey, que apenas tenía algunas palabras que oponer a su voluntad, y a sus caprichos que ciegamente sancionaba.

El momento que tanto había ansiado Violante había llegado.

Hallábase en su cámara, acompañada de un personaje vestido de terciopelo negro, cuyos largos y rizados cabellos plateados por la edad daban a su rostro una expresión de severa benevolencia. El duque, doliente aun de su enfermedad, se hallaba recostado en un gran sillón, sobre cuyo espaldar se veía la corona real. El rostro del nuevo rey y sus movimientos indicaban que a las veces le aquejaban grandes dolores. La reina doña Violante examinaba con atención un voluminoso rollo de pergamino, y dirigía la palabra al personaje vestido de negro.



—Mosen Arborea, dijo doña Violante, Dios se ha servido llamar a sí, al rey nuestro augusto padre ayer en Barcelona, y aunque esta noticia nos ha llenado del mas profundo dolor, deber es nuestro atender a los negocios del reino, y cuidar de que se haga cumplida justicia a la memoria del difunto rey. El mundo necesita un grande ejemplo y por eso os ha hecho llamar el rey mi esposo, para saber con exactitud que resulta del proceso que contando con vuestro celo, vuestra justificación y vuestros talentos, ordenó que formáseis a doña Sibila en averiguación de los crímenes que ha cometido. Habéis formado ese proceso cuando ocupaba el trono; hoy

que por la voluntad de Dios, con la muerte de nuestro padre, ha bajado de él, debemos empezar nuestro reinado administrando pronta y severa justicia.

—Señora, replicó respetuosamente mosen Arborea, el proceso es imperfecto; faltan pruebas, y sin la audiencia de la acusada no puede dictarse sentencia ninguna.

—Vive Dios! que os habeis descuidado mucho, mosen Arborea. ¿No sois uno de los letrados mas famosos de esta era? Los crímenes de que se acusa a la muger del difunto rey ¿no son públicos? ¿No se levanta contra ella la voz del pueblo? ¿No dicen vuestras leyes que la voz del pueblo es la voz de Dios?

—Señora, por mandato de V. A. me consagré á buscar pruebas de los crímenes de que se acusa a doña Sibila, empero no he podido encontrarlas; os digo mas, no bastaba encontrarlas para proceder contra ella si no venian acompañadas de testimonios legales, y la mayor parte de los que públicamente propalaban esas hablillas, ó no saben nada, ó si lo saben, llamados ante el santuario de la justicia á deponer su testimonio, lo rehusan.

—Creo que hasta ahora podrá haber sucedido así, pero de hoy en adelante no, mosen Arborea. Hoy la reina de Aragon no es doña Sibila, soy yo, y á pesar de que aun antes de cerrar los ojos nuestro desgraciado padre huyó la culpable protegida por algunos de sus parciales, he recibido noticias de que fué alcanzada á pocas leguas de Barcelona, y que la fué inútil toda resistencia.

—Yo creía, dijo mosen Arborea, que la comitiva de la reina madre no habia hecho la menor resistencia; que cuando la intimaron á nombre del rey su hijo que era preciso volviese á Barcelona, ella se habia prestado voluntariamente y ofrecido ser la primera á jurarle obediencia.

El rey, que habia observado hasta entonces el mas profundo silencio, saliendo de la meditacion en que se hallaba sumido, dirigió la palabra á la reina y al juez diciéndoles:

—Eso mismo creía yo; eso mismo me han anunciado los mensajeros de Barcelona.

—Pues os han mentido, gritó con altanero desden doña Violante; se ha resistido, y solo ha cedido á la fuerza. El conde de Palas se ha batido con vuestros soldados, y únicamente se ha entregado cuando ha visto que era imposible la fuga, porque aun antes de su huida, gracias á mi cuidado, muchos de vuestros parciales habian tomado todos los caminos, y á no haber marchado por los aires, era imposible que se escapase de nuestro poder.

—V. A. debe saberlo, dijo el juez inclinándose.

—Si, si, contestó débilmente el rey; yo creía eso; mi esposa dice lo contrario, verdad será; ella ha recibido los despachos, pues que yo no estoy para ocuparme de nada.

—Restableceos y atended á vuestra salud, dijo doña Violante dando una espresion de forzada amabilidad á su irritado rostro; atended á vuestra salud que esa muger ha arruinado con sus sortilegios. Sibila y sus indignos partidarios no se contentaron con abandonar al rey moribundo, sino que han saqueado cuanto habia de valor en palacio. Tal conducta ha motivado un decreto de mi esposo, desposeyendo á Sibila de sus bienes, que contra mi voluntad ha agregado á mi patrimonio.

—Es natural, contestó el rey, volviendo á tomar parte en la conversacion: privando de ellos á Sibila, y habiendo sido por tanto patrimonio de una reina, nada mas natural que pasasen á ser patrimonio de otra nueva reina. En cuanto al conde de Palas te he dicho que me opongo á ello; el conde de Palas ha obrado como caballero, ha defendido la muger de mi padre, y él no tiene parte ninguna en los malos vicios de esta indigna muger.

—Bueno; dejaremos en paz por ahora al conde de

Palas, respondió doña Violante; y para que tengan cumplido efecto vuestras órdenes contra doña Sibila, es preciso que sea convencida en juicio de los crímenes de que se la acusa, á fin de que se de á mis procuradores la orden de la entrega eficaz de los castillos de su pertenencia. Mosen Arborea, marchad inmediatamente ¿lo entendeis? á Barcelona; instruid con vuestros colegas de nuestro consejo el proceso; y no olvideis que ya no son rumores populares de lo que se trata, como cuando os encargué la formacion de este proceso, sino de delitos evidentes; que ya doña Sibila no ocupa un trono, sino que está sujeta á la ley como cualquiera otro.

El anciano magistrado preveía cuanto la reina quería decirle. Hombre de ley y de justicia, próximo ya por su edad á las puertas del sepulcro, no quería ser cómplice del crimen con que trataba de inaugurarse aquel nuevo reinado.

—No olvidareis, señora, la dijo, que los jueces para pronunciar su sentencia no tienen bastante con la palabra y el mandato de los reyes; que necesitan pruebas, y sobre todo la confesion de los reos.

—La confesion de los reos.... repuso la reina con una infernal sonrisa.... Ya sabeis los medios por donde se obtiene.

Estremeciase el anciano magistrado.

—¿Qué, señora, exclamó con asombro, sería posible que intentaseis el tormento?

—Todos los criminales son iguales ante la ley, como todos los hombres, excepto los reyes en la tierra, son iguales ante Dios. Retiraos; y antes de marchar, tengo aun que daros mis instrucciones.

Confuso, aterrado con el espanto, y la duda en el corazon, se retiró el anciano magistrado; el anciano venerable de quien aquella muger ambiciosa queria hacer un dócil instrumento para su venganza.

Apenas habia dejado las puertas de la regia estancia, volviéndose doña Violante á don Juan I, le dijo:

—Este hombre es un imbécil ó un gran picaro.

—No, contestó el rey, es un hombre de bien; es un magistrado integro, incorruptible: es el único que cuando mi madrastra se hallaba en el trono en vida de mi padre, osó tomar sobre si el cargo de formarle causa.

—No importa, yo le vigilaré; es viejo, y estos viejos creen poderse oponer á todas nuestras órdenes. ¿No somos los reyes de Aragon?

—Si, Violante, contestó el rey; empero los reyes juran observar y guardar los fueros y las leyes del reino; deben obedecer su conciencia y.... somos los representantes de Dios en la tierra.

—Está bien, contestó la reina aparentando no hacerle caso alguno. Estais bastante enfermo, y debeis retiraros á descansar. El dia ha sido sumamente agitado para vos; la noticia de la muerte de vuestro padre, los primeros cuidados para asegurar la gobernacion del reino, todo esto debe haberos afectado mucho. Podeis, esposo mio, descansar, porque sabeis que una esposa que ha sido siempre tan solícita para aliviar vuestras desgracias, vela mientras vos dormis. Mañana os haré ver cuanto me he ocupado de la gobernacion del reino.

Entraron dos pages, en cuyos brazos apoyóse el enfermo rey, y se retiró á su regia estancia. Apenas habia salido de ella, doña Violante tocó un pito de plata, que pendiente de una rica cadena de oro cincelado llevaba á la cintura, y al instante apareció una de sus camareras.

—Decid que inmediatamente venga el judío Zacarias.

Dijo, y su rostro brilló con una infernal sonrisa, en donde se reflejaba toda la maldad de una furia del Averno.

(La conclusion en el número inmediato.)

EL CONDE DE FABRAQUER.

MONUMENTOS PUBLICOS ESTRANGEROS.

CASA DE ECOUEN.—MADAMA CAMPAN.

Grande y generoso fué sin duda el pensamiento de educar á espensas de la patria, á las hijas de aquellos individuos que derramaban su sangre por ella: esta idea concebida por Napoleon, se llevó á cabo en 1803, á cuyas instituciones se dió el nombre de casas imperiales de Napoleon.

Se fundaron sucesivamente dos establecimientos, el uno en San Dionisio y el otro en Ecouen, cada uno de los cuales estaba destinado á recibir trescientas educandas, de cuyo número las ciento se recibían gratuitamente, y las doscientas restantes debían pagar una pension bastante módica.

Los reglamentos de aquellos colegios fueron obra en su mayor parte de una mugér de superior talento, cuya historia aparece unida á la de esta fundacion. Juana Luisa Enriqueta Genet, nació en Paris, y su padre desempeñaba un destino de alta importancia en el ministerio de Negocios estrangeros. Se casó con Mr. de Campan, hijo del secretario privado de la reina, y fué admitida en clase de primera camarista de Maria Antonieta, de la que no se separó un instante durante el periodo de veinte años.

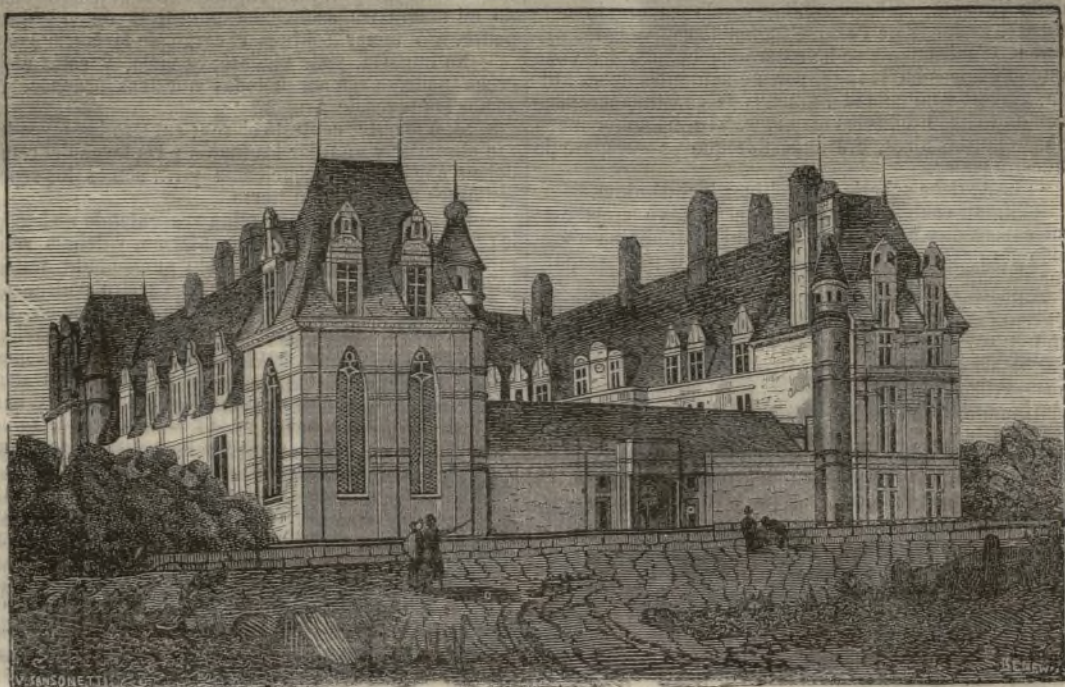
Cuando Maria Antonieta fué encerrada en el Temple, Mad. Campan, solicitó de rodillas el peligroso favor de servir á su infeliz soberana; pero fueron vanos sus esfuerzos y se atrajo el odio de los que á la sazón gobernaban la Francia. Despues se retiró á la vida privada, y con la asignacion de quinientas libras que poseía emprendió la fundacion de San German en Laye, casa de

educacion que muy pronto llegó al colmo de la prosperidad. Ciertas circunstancias especiales pusieron á Mad. Campan en relacion con Bonaparte, el cual tuvo ocasion de apreciar los talentos de esta señora, y cuando el emperador quiso fundar esos colegios para educar á las hijas de sus valientes soldados, pidió los reglamentos á madame Campan, la que auxiliada por los consejos de Lacepede emprendió aquella grande obra.

Mad. Campan, con el titulo de directora del colegio imperial de Ecouen quedó encargada de plantear las ideas que habia concebido, y desempeñó tan cumplidamente este delicado encargo, que Napoleon se vio posteriormente obligado á visitar el establecimiento y dijo: «todo está muy bien.»

Esta célebre muger murió el 16 de marzo de 1822. Ecouen es un pueblo situado al pié de un collado pintoresco, á unas cuatro leguas de Paris y al O. del camino de Chantilly. Este pueblo está dominado por el lado de poniente por un magnifico palacio edificado en el siglo XV. Este edificio forma un cuadro perfecto; en los ángulos hay cuatro pabellones altos, y todo el edificio está rodeado de un foso. El interior del patio nos presenta dos obras de preciosa y magnífica arquitectura; la de la derecha está compuesta de las órdenes jónica y dórica sobrepuestas, y la de la izquierda es mas sencilla, pero mas notable, y consta de cuatro grandes columnas corintias estriadas que sostienen un friso adornado con trofeos de guerra de una perfecta ejecucion.

Ecouen en sus principios fué solo un lugarcejo de poquísima importancia, en términos que careció de iglesia por mucho tiempo dependiendo de otra parroquia; pero el instituto de la legion de honor dió á este pueblo vida y movimiento.



VISTA DE LA CASA DE ECOUEN

CUADROS DE FAMILIA I.



EL PASTEL DE LOS REYES, COPIA DE UN CUADRO DE GHEUZE.

La fiesta consagrada á los Reyes, pertenece á todos los pueblos y á todas las clases de la cristiandad; es el aniversario de la universal franqueza y de la igualdad en la presencia de Dios; en este día el rey mas poderoso se convierte en vasallo, y el vasallo mas humilde se convierte en rey por una hora. Esta monarquía transitoria se representa en Francia por medio de un pastel de familia que simboliza el donativo que los Magos hicieron al Redentor del mundo. En derredor de este pastel se apaciguan los odios, y las rivalidades se reconcilian, los enemigos se abrazan, y los novios reproducen sus promesas.

(1.) Bajo este epígrafe nos proponemos publicar en lo sucesivo una serie de grabados de igual ó superior mérito que el que acompaña á este artículo, representando escenas del interior de las familias, en que se verán retratadas las costumbres de todos los países del globo, persuadidos de que serán del agrado de nuestros lectores, como tan propios de la índole del Museo.

TOMO VII.

Estas piadosas costumbres van desapareciendo de las grandes ciudades de Francia, pero permanecen en los pueblos y en las aldeas. El cura de la parroquia asiste á esta solemnidad y recibe una parte del pastel para los desgraciados. En otros pueblos esta parte de pastel se guarda en un armario y se dedica á alguna persona ausente, bien al hijo que está en la guerra, bien al hermano que recorre el mundo, ó bien al marido cuyo regreso se aguarda con impaciencia; Dulces y candidas supersticiones hijas del corazón! Mientras que la parte del pastel se conserve intacta, el soldado se encuentra al abrigo de las balas; el que recorriere el mundo se libra de la tempestad, y el esposo llega sin peligro al hogar doméstico. Pero desgraciada la madre, desventurada la hermana, infeliz la esposa si la parte del pastel que se ha guardado se echa á perder ó se altera.

En Beaune cenan en familia la víspera de los Reyes; el abuelo preside la mesa, y en el instante de partir el pastel hace subir en la misma al mas joven de los niños.

—Haba (1) dice el anciano.

—Señor, responde el niño.

—¿Para quien?

—Para Dios. Todopoderoso.

Y la parte destinada á Dios se distribuye ante todo á los pobres que llaman á la puerta entonando la siguiente copla.

Salve, salve á la reunion
de esta morada;
Dios eche su bendicion
y no falte nada.
Os saludamos;
gloria al Señor,
felices pascuas
tengais con Dios.

Esta ceremonia termina con un baile general.

En el siglo XVII, los sacerdotes de San Sulpicio se opusieron al uso del pastel de los Reyes: mucho tiempo antes se habían señalado los escesos á los cuales podía dar lugar esta institucion. Existia en Cambridge un poema manuscrito de Tomás Neagorgus del que Pasquier cita un pasaje relativo á este festejo; como contiene muchas indicaciones curiosas, que nunca han sido traducidas, citaremos algunas de ellas.

«Llega por fin el ansiado dia de los Reyes magos, los cuales guiados por una estrella, vinieron de Persia para ofrecer sus presentes al Dios recién nacido. En todas partes han hablado de estos reyes que no eran mas que tres.

«En esta sazón se reunian muchos convidados y elegian un rey, ya por suerte, ya por medio de sufragios. En seguida se daba principio á la fiesta que duraba muchos dias, multiplicando los festines hasta que se vaciaban las bolsas y los acreedores se presentaban.

«Los hijos se apresuraban á imitar el ejemplo de sus padres, ó igualmente que estos elegian su rey y celebraban pomposos banquetes, bien con dinero que robaban, bien á expensas de sus padres.

«El mismo dia, el gefe de la familia servia segun su fortuna y el número de sus convidados, un pastel, en el que se escondia una moneda. Divide con el cuchillo el pastel en tantas partes como lo exige el número de

los miembros de la familia y dá á cada uno la suya. Se reserva sin embargo una parte para el niño Jesus; para la Virgen, para los Magos, que despues disfrutaban los pobres en su nombre. Aquel que obtiene la parte donde está escondida la moneda es reconocido por rey, y todos los convidados lanzan gritos de alegría.»

En muchos puntos de la Baja Bretaña, y especialmente en Sain-Pol-de-Leon pasean por las calles, la víspera de los Reyes un caballo, cuyas crines van adornadas de laurel y llevando en su lomo dos canastillos cubiertos con un paño blanco. Un mendigo le conduce, cuatro notables le acompañan, y los chicos y el pueblo le sirven de escolta; en medio de la gritaria y de la algazara, el cortejo se detiene de puerta en puerta y pide una limosna para los pobres: unos dan dinero á los cuatro notables, otros echan pan en las cestas, carne, pastel, etc., y al dia siguiente los mendigos celebran aparte su festin con estos manjares que han recogido.

No terminaremos este artículo sin traducir la magnífica descripción que hace Chateaubriand acerca de este festejo en el *Genio del Cristianismo*, la cual parece haber sido escrita para el cuadro del célebre Greuze del que presentamos una copia en el grabado que acompaña á este artículo.

«Los sencillos corazones no recuerdan sin enternecerse aquellas horas de expansion en que las familias se reunian en derredor del pastel, manjar que simboliza el presente de los Magos. El abuelo, retirado durante el resto del año en lo interior de su aposento, reaparecia en este momento como la divinidad del hogar paterno.

«Todos los semblantes respiraban gozo y alegría y se estusiasaban los corazones; la mesa del festin se hallaba maravillosamente decorada, y todos estrenaban un vestido. Al choque de los vasos, y entre las risotadas se sacaba á la suerte aquel rey que no costaba trastornos ni lágrimas.

«Estas escenas se reproducian en toda la cristiandad, desde el palacio hasta la mas humilde cabaña....»

Por via de complemento, véase el tomo primero de nuestro *Museo*, página 296, donde un artículo inserto bajo el epigrafe de *la Natividad*, da pormenores, también muy curiosos acerca de esta antigua ceremonia.

ESTUDIOS ARTISTICOS.

HISTORIA DE UNA CABEZA.

TRADICION POPULAR.—AÑO DE 1138. (2)

La historia de una cabeza parece á primera vista la historia de un hombre, pero la cabeza cuya historia vamos á presentar á nuestros lectores, es la historia de un pórtico.—No es una cabeza mitológica como la de Minerva, ni pagana como la de Olofernes; ni cristiana como la de San Juan: es una cabeza.... de piedra, contemporánea de algunos cientos de cabezas.... de piedra

(1) Dentro del pastel hay una haba. Se parte el pastel y al que le toca la haba es declarado rey de la fiesta.

(2) Este artículo lo dedica el autor al apreciable artista don Genaro Perez de Villamil, su amigo y nuestro.

también, que han llegado hasta nuestros dias despues de siete siglos. Bien es verdad que ocupan un lugar privilegiado: la mayor parte de estas cabezas permanecen en la *Gloria*. Solo el viajero las admira, próximo á los *Vicios*: sátira filosófica de un artista de genio que reveló de esta manera la debilidad de nuestra frágil y delicada naturaleza.

La *Gloria*, el *Purgatorio*, el *Infierno* y el *Limbo* son los tres arcos de un antiguo pórtico de la catedral de Santiago. Sobre los basamentos de sus columnas descansan las fabulosas personificaciones de los vicios desde la amenazadora ira hasta la negligente pereza.

Este pórtico pertenece al siglo XII.

En 1738, un artista benévolo colocó delante de esta obra maravillosa, una elevada fachada, para preservar tal vez de la lluvia los apagados colores de sus estatuas. De esta manera el pórtico de la gloria parece un secreto de cartera: la fachada que la posteridad ha llama-

do del *Obradoiro* (1) por el secreto impulso de reparación que el vulgo tiene algunas veces para diferenciar las obras del genio de las producciones del estudio, no es mas que una inmensa cartera de dibujos platerescos. Así, pues, los curiosos, gente vulgar y que se entretienen con cualquiera cosa, se contentan con la moderna fachada del *Obradoiro*: los inteligentes, artistas y literatos, raza privilegiada de elevadas y generosas aspiraciones, buscan solícitos el antiguo pórtico de la *Gloria*.

Volvamos sin embargo á la historia de la cabeza.

Antes nos veremos obligados á presentar á nuestros lectores la peregrinación de un rey, el privilegio de acuñar moneda de oro, concedido á un arzobispo, la conclusión de la fábrica de una catedral y la perspectiva de un pórtico retocado de azul, purpura y oro. Despues vendrá la cabeza: hagámosla cincelar entre tanto; pero mas cautos que su artífice, no la coloquemos por ahora en la *Gloria*, ni en el *Infierno*, ni en el *Purgatorio*, ni en el *Limbo*, ni aun entre los *Vicios*.

El año 1187 tocaba á su mitad: un número extraordinario de peregrinos se preparaba para llegar dentro de algunos meses al pie de un pequeño sepulcro. Se acercaba el *Año Santo*. Durante el *jubileo* las casas de Santiago estaban ocupadas por numerosas tiendas de medallas benditas; los cambiadores de monedas obscurían las calles, los hospitales (2), aumentaban las tarimas, y el confesor-lenguagero, especie de *cicerone* espiritual de los romeros, se preparaba para absolver una multitud de pecadores arrepentidos y dolientes restablecidos. Entre tanto solo llegaba á Santiago algun ilustre personaje que gustaba de los votos misteriosos, el legatario de algun monarca extranjero, ó el reo cuya salvacion debia recibir con el *compostela* (3) de los peregrinos.

En la mañana á que llevamos la atencion de nuestros lectores, no era augusto legatario, ni ilustre personaje, ni reo condenado el que salia á recibir el cabildo compostelano. Era don Fernando II, rey de Leon, que á fuer de caballero reconocido, alargaba su acerada manopla al arzobispo don Pedro Suarez de Deza, en señal de reconocimiento por los auxilios que le habia prestado en sus frecuentes correrías con los moros.

Llegado que hubo á la capilla mayor de la catedral, y afinándose por largo trecho delante del apóstol Santiago, volvió á encararse con el prelado, y á departir con él una respetuosa y no interrumpida plática hasta que llegaron ambos al altar de la Anunciación, cerca del cual la techumbre de la iglesia estaba sostenida con robustos andamios. Paróse el rey de pronto, y antes de que su lengua pudiese repetir la interrogacion de sus miradas, se adelantó el arzobispo y con profunda humildad y veneracion le dijo: Señor, los moros han llevado á mi iglesia el pórtico que ahora echais de menos.

—¡Las tropas de Almanzor! (4)

—Estas se llevaron las reliquias, pero no los maravedises de oro.

—¡Los soldados de Mahomad! (5)

—Estos se llevaron las campanas y las puertas, pero tampoco los maravedises de oro. Señor... hablaba de los moros de vuestras tierras. Mis tesoros destinados á la conclusión de la fábrica de la catedral, comenzada por mi antecesor don Diego Gelmirez despues de los estragos hechos por los compostelanos, no los llevaron los alarifes encargados de levantar los muros, sino los

moros de Leon. Fueron para vos, señor, y por sobrado recompensado me doy si con mi escasa ayuda la infiel morisma abandonó vuestras montañas desesperada de eacontrar en vos tan poderoso enemigo.

—Magnánimo prelado, repuso el rey, pequeño soy para daros gracias... la cristiandad lo hara por mí. Dispuesta está mi mano para recompensaros... en hora buena... vos no aceptareis dádiva alguna, pero observad tambien que sois el padre tutelar de esta iglesia; ciega está ahora como la morisma que consumió vuestros tesoros; necesita aire... luz... esplendor. ¿Me habeis comprendido? Desde mañana esos andamios podrán servir para los alarifes, y esas suntuosas columnas, resistirán el peso de los arcos. ¡Mateo! dijo en seguida dirigiéndose á un desconocido que salió de entre los últimos de los caballeros leoneses con la vista fija en el suelo y revelando en la elevacion de su frente cubierta por una melena descompuesta y greñuda, y en los pómulos salientes de su semblante las vigiliás del artista mortificadas por las exigencias del cortesano: desde ahora quedais nombrado *maestro* de las obras de la catedral de Santiago. Don Pedro Suarez de Deza, aqui os presento á mi arquitecto de palacio.

Fijo Mateo una rodilla en tierra, y besó alternativamente las manos del monarca y del arzobispo.

El arquitecto volvió á su puesto ávido de contemplar frente á frente las dimensiones que podia dar á su nueva obra. Para un artista de genio una de estas investigaciones equivale á un plano: para la invencion como para la luz, no se necesita mas que campo, terreno.

—Las correrías con los moros, exclamó Mateo absorbido en un pensamiento que le preocupaba como la pesadilla de un sueño azaroso, no me han permitido mas que ermitas... capitulos incompletos de mi obra. La romería del rey á Santiago debe proporcionarme la publicacion de una leyenda. Veremos si el arquitecto de palacio puede escribir lo que habla el confesor del rey: él tiene palabras, pero yo dispongo de imágenes. ¡Bella, bellísima perspectiva! La gloria en medio, aqui el *purgatorio* y el *infierno*, alli el *limbo*, los apóstoles, santos y profetas en las repisas, los ancianos en la arquivolta. En lugar de pequeñas ambelas grandes cimbrias. Los accesorios vendrán despues: necesito una Biblia. Ya tengo pórtico....

—Y colocaré mañana la primera piedra de su fronton principal, le interrumpió el rey golpeando los hombros de Mateo con arrogante familiaridad. El arquitecto de palacio, dominado por los vuelos de su fantasia, no habia observado como la comitiva de don Fernando II le dejaba paso colocándose en dos alas.

—Contamos con vuestra voluntad, tenemos *maestro* y esperamos los alarifes, le dijo en seguida don Pedro Suarez de Deza, para la fábrica del pórtico, pero recordad, señor, lo que os dije al fijar vuestra atencion en los andamios. Los moros de Leon se llevaron los maravedises de oro destinados á esta nueva obra.

—Os confirmo la facultad de acuñarlos en vuestro palacio.

—Dios guarde vuestra existencia para bien de la iglesia y del reino.

—Mañana os entregará este privilegio nuestro protopatriar. Caballeros leoneses, necesita descanso mi fatigado cuerpo, seguidme.

Y volvieron á la claridad los canónigos y leoneses que seguian á don Fernando II y á don Pedro Suarez de Deza.

II.

En la madrugada del 1 de abril de 1188 un numeroso gentío se agolpaba bajo las bóvedas de la catedral de Santiago. Era un pueblo curioso: innecesario no

(1) *Obrador*, taller en castellano.

(2) Casas de hospedage gratuito para los peregrinos.

(3) Atestado de la peregrinacion á Santiago.

(4) En el año 985 de Jesucristo.

(5) En 1004.

parece añadir que para él no había presbiterios, ni relicarios inviolables. Los habitantes de Santiago ocupaban las puertas, las naves, se estrechaban cerca de las columnas, se engastaban digámoslo así, en los ángulos salientes de los altares y se precipitaban en remolinos concéntricos como los que forma una piedra arrojada sobre la superficie de un lago, cerca del antiguo retablo de piedra de la Anunciación. Llegaban instigados por la curiosidad y esperaba con ansia el momento en que se descorrería el tapiz gironeado que cubría el suntuoso y celebrado pórtico que acababa de levantar el maestro Mateo.

El arquitecto de palacio no había dormido en la noche anterior. La palidez de la vigilia venía á encontrarse en su fisonomía con la sonrisa del orgullo. Sus pasos eran precipitados y desiguales: iba y venía en todas direcciones, pero era el único que no se apartaba de un espacio de tres pies en cuadro. Algunas veces sus pupilas ardientes lanzaban una ávida mirada que rodaba sobre las cabezas de la multitud, y era que tomaba por un saludo el murmullo de aquel concurso numeroso. Era un pueblo que se impacientaba para ver la obra de un hombre.

El prelado don Pedro Suarez de Deza, seguido de su servidumbre, bajó de pronto por la escalera interior que comunicaba á la catedral con el palacio arzobispal, y la multitud se arremolinó para no interrumpir la dirección que debía tomar hacia el pórtico, cuyas puertas abriría su bendición. El cabildo esperaba al prelado cerca del altar de la Anunciación, y no se retardó la ceremonia religiosa, que les permitía á los compostelanos ver la obra maestra del arquitecto del rey de Leon. El gironeado tapiz vino en seguida al suelo desprendido de ambos lados y el pórtico de Mateo compareció enfrente de los curiosos. La multitud no pudo ahogar un grito de sorpresa. El pórtico era una maravilla de escultura y pintura. El vulgo no se detenía en el pensamiento de este poema religioso, los monjes y los sacerdotes, los eruditos, serían los que esplicarian sus alegorías.

Las artes son hijas del cielo: del cielo vino tambien para Mateo una nueva y brillante decoración para su obra. El sol oculto hasta entonces, entre pardas y cenicientas nubes arrojó innumerables grupos de rayos convergentes sobre las estatuas del pórtico, y la muchedumbre se deslumbró con los reflejos que el azul, la púrpura y el oro de las túnicas y capas multiplicaban en numerosas intersecciones como haces de fuegos de Bengala. La multitud no se contentó con reconocerse sorprendida: entreabrió los labios, dilató los párpados, y admiró la prodigiosa obra de Mateo. El pórtico parecía un transparente, cuyo foco de luz era el sol. Lo elevado de las galerías de la catedral, donde la claridad se perdía en ángulos agudos reposando en un chapitel ó descansando en una ojiva, completaba la ilusión.

Entonces comenzaron las revelaciones de los eruditos. Las estatuas del pórtico no habían sido talladas por la invención sino que pertenecían á la historia. Sus originales no debían buscarse en la cartera del artista, sino en los capítulos de la Biblia. No era un poema quimérico con grifos, gárgolas, salamandras, faunos y centauros, sino una historia con apólogos y alegorías. Donde no había espacio para completar un capítulo como en el fronton del arco principal ó en la espiral de una columna salomónica, se aprovechaba un chapitel ó un arbotante para presentar una sencilla leyenda ó una parábola cristiana. Únicamente habían quedado las reminiscencias de la mitología gótica de las artes en los basamentos: los vicios tenían mas de alimañas absurdas y ridículas que los diablos del infierno y del purgatorio.

El arco principal representaba la gloria... pero

nos permitirán nuestros lectores que empecemos nuestra minuciosa investigación por los vicios, á semejanza de la débil y trasnochada humanidad. Por otra parte, la conservación de este pórtico, exceptuando sus brillantes colores, hoy decaídos y brutalmente retocados en algunas partes por la cal, nos obliga á usar de la inconcordancia de un pretérito imperfecto con un presente de indicativo. Felizmente la obra de Mateo se encuentra en pie: un artista de genio, despues de seiscientos y sesenta años, fué el primero que ha copiado con admirable exactitud la creación del arquitecto de don Fernando II (1). A decir verdad no la ha copiado: la ha retratado. Los monumentos como las fisonomías tienen sus miniaturistas. El daguerreotipo nunca pasará de un mal ladrón de paisajes: para él no hay las líneas de la perspectiva, ni el color de helecho que dan los siglos á la piedra sillar, ni la viveza de los esmaltes, ni las quiebras de luz en una ojiva ó entre los retorcidos árboles de un bosque secular, ni las resurrecciones de una naturaleza viva que el artista inteligente coloca al lado de la naturaleza muerta. El daguerreotipo se lleva consigo las columnas de una fachada, las ventanas de una ciudad y las cabezas de un peloton; pero abandona lo minucioso de los accesorios, los cambiantes de las cristales y los rasgos fisiognómicos de la multitud. Tiene de sobra la creación de la verdad árida y desnuda: le falta la creación de la armonía misteriosa y poética que encierra la naturaleza ó el arte.

Volvamos al pórtico del maestro Mateo. Los zócalos de sus columnas sostienen á grupos de bestias groseramente ejecutadas y que representan á los vicios. No se encuentra en ellos un rasgo delicado y una graduación agradable sino la deformidad de los monstruos. El artista tomó de este y de aquel animal una inclinación y completó la caricatura agrupando cualidades por medio de atributos. La soberbia con su boca desdentada y la ira con sus labios colgados, levantan orgullosas sus cabezas, sujetadas por la paciencia sobre cuyas espaldas pesan las columnas. Tienen algo de león, mucho de pantera. Un oso amodorrado con su cabeza de jabali sobre las piernas delanteras, representa la pereza, y un monstruo destrozando con insaciable voracidad un cervatillo, cuyo cuerpo arrojó sobre la espalda, como el lobo perseguido con su presa, es la imagen de la gula. Al otro lado no son cuadrúpedos sino avesolas que simbolizan algunos pecados capitales. La envidia, mezcla de águila y ciervo, viviendo del descuido ageno y dos veces mártir por las privaciones suyas y las felicidades ajenas, devora en silencio... lo que puede destruir una boca de piedra... un pedazo de piedra tambien: para el observador representa el hombre destrozando la débil naturaleza de sus semejantes; la tujuria, con orejas de burro y pico de águila revela en su fantástico perfil, el embrutecimiento de los goces sensuales, que hacen mermar en el corazón el bálsamo de las delicadas fruiciones, y la avaricia, enemiga irreconciliable de la dádiva, conserva su larga barba, bajo un pico de ave, y la sujeta con la mano, temerosa... de que

(1) Con la mayor satisfacción citamos un nombre propio en este lugar. El distinguido artista don Genaro Pérez Villamil entre otras copias de perspectivas y monumentos que ha tomado de la ciudad de Santiago á principios de este año, ha comenzado por este antiguo pórtico como la primera riqueza monumental de la población. Innecesario nos parece calificar estos bocetos: para los que hayan asistido á las exposiciones públicas de pinturas de París y Madrid es pequeño sacrificio nuestro sincero elogio para su merecida reputación. Consignemos, sin embargo, en este lugar, que el señor Vilhamil es el primer artista que ha visitado su patria, Galicia, y decimos su patria porque esta provincia tiene la honra de contar entre sus hijos al autor de *La España monumental*.

el viento se lleve acaso algunas hebras de aquel inútil patrimonio. Los vicios son una caricatura: los rasgos de los monstruos que los representan tienen poco del cristianismo; mucho de la mitología. El artista ha vaciado en ellos un pensamiento por medio de horribles y oscuras personificaciones: se contentó con inspirar miedo.

Los enemigos del alma vendrán después: los encontraremos en el friso de la columna principal.

Entre esta y el basamento donde se conservan dos tragaluces que llegan hasta la primitiva catedral, hay una riquísima columna de onix, conocida por el nombre del *Arbol de David*, de un maravilloso trabajo por su entronque no interrumpido de difícil cinceladura. Allí aparece la genealogía de la Virgen, comenzando por el autor de los Salmos: en un pequeño chapitel que sirve a la vez de repisa a la efigie del apóstol Santiago en traje de peregrino, se distingue a la Madre del Señor, rodeada de cuatro ángeles con incensarios en las manos y el Espíritu Santo sobre su cabeza; De la columna al chapitel se adivina la Anunciación: abajo está la casta hija de Jerusalén, arriba descansa la casta esposa de San José. Esta columna es de un mérito extraordinario y debe pertenecer a una época mas remota que el pórtico, a semejanza de las dos colaterales empotradas en los machones de los arcos menores. Es una columna de raza bizantina, tal vez habrá venido de Constantinopla con los almorávides de Córdoba, y a Santiago con los rescates de Mahomad en el siglo XI.

A la altura del apóstol Santiago sobre las repisas de las columnas laterales, los apóstoles, profetas y patriarcas decoran la puerta principal. A un lado el severo Moisés con las tablas de la ley, el reflexivo Isaías, el risueño Daniel y el resignado Jeremías; al otro, el diligente San Pedro, el grave San Juan apóstol, el profundo Saul y el melancólico Ezequiel. El viajero puede comprender como nosotros el carácter histórico o moral de los personajes que representan estas efigies. Parecen retratos.

Ahora llegamos a los enemigos del alma.

En el friso de la columna sobre el que reposan los pies del Padre Eterno el demonio y la carne cautivan al hombre. Afortunadamente este friso no se parece al mundo: en el triunfa la miserable arcilla humana. Los revocadores modernos no se contentaron con la revelación producida por la tranquilidad de espíritu del hombre que desarma la sagacidad del diablo, le hicieron hablar. Casi le obligaron a pecar porque la palabra está mas cerca de la debilidad que el silencio. En uno de los tarjetones que en la escultura moderna reemplazan algunas veces a los pámpanos de la vid de los tiempos mitológicos, en lo de caer de la cintura, se lee el terrible anatema del cristianismo; el amenazador *vade retro, Satanás*.

Ahora que tan cerca nos encontramos de la gloria retrocederemos hasta el limbo.

Entre los follages arquitectónicos de uno de los arcos menores, descansan los recién nacidos que se pierden de vista entre sus acantos como los caracoles entre las rizadas hojas de la escarola. Del limbo pasan sobre los chapiteles de los arcos menores dos matronas que conducen algunos recién nacidos para la gloria. En las repisas se encuentran apóstoles y profetas. El purgatorio y el infierno ocupan otro de los arcos laterales. Cabezas de demonios entre lobo y jabali, engullendo brazos; o devorando dos cabezas a la vez hasta hincar los dientes en las espaldas de los condenados se distinguen al lado de mancebos que trepan por la arquivolta o que son conducidos por matronas protectoras hasta la gloria. En las repisas vuelve el viajero a reconocer profetas y apóstoles.

Llegamos a la gloria.

Veinte y cuatro ancianos sin la monotonía de iguales escorzos, ocupan la arquivolta de la puerta principal con tiorbas, laudes, salterios y zambombas. El reposo de sus actitudes y el aplomo de sus formas revelan el místico desvanecimiento de los escogidos por el Señor. Los cuatro evangelistas descansan a ambos lados del Padre Eterno: sus estatuas sobresalen del fondo del cuadro como almas privilegiadas en la mansion celestial. Sobre los dinteles de la puerta los ángeles sostienen los signos de la pasión, desde la corona de espinas hasta la lanza de Nicodemos. Los huecos formados por estas efigies de proporciones naturales, están cubiertos por una multitud de bienaventurados, que de seguro acompañarían con sus voces a los coros celestiales, si los veinte y cuatro ancianos consiguiesen hacer vibrar las cuerdas de sus laudes y tiorbas. En medio del fronton se destaca una estatua ciclopéica, gigantesca: es el Padre Eterno con los brazos estendidos y los pies descalzos.

Este es el pórtico del maestro Mateo tal cual le puede reconocer el viajero del siglo XIX, sin la armonía del conjunto ni las galas de la pintura. Mas si volvemos por un momento a la época a que habíamos llevado la atención de nuestros lectores, comprenderemos que la admiración de los compostelanos era lo menos que el vulgo podía conceder al artista. En la actualidad casi ha desaparecido la pintura de los paños de las estatuas: solo se conserva el colorido de algunas imágenes.

Quando los compostelanos vieron por primera vez el pórtico del maestro Mateo iluminado por el sol, apartaron sus ojos de aquel conjunto fascinador, no sabemos si deslumbrados por una claridad revestida de los colores que produce un prisma de cristal o una gota de rocío, o si solícitos de sorprenderse de nuevo con los cambiantes que la luz devolvía a las estatuas de los apóstoles y los profetas. El pórtico de la Gloria era un conjunto deslumbrador, chispeante. Las túnicas encarnadas, floreadas de oro, hacían revivir el azul de los mantos, y el oro-mate de los mantos prolongaba la reverberación de las flores de oro, de las túnicas verdes. El Padre Eterno era el único cuya capa había sido pintada de blanco con flores de oro. No se habían empleado en esta obra mas que los colores primitivos y no se encontraba en los paños de las efigies la degeneración de las medias tintas y el desentono de las sombras. Los colores se habían dado con una suavidad prodigiosa, el pintor de este pórtico debía poseer algun secreto de los árabes. En nuestros días algunos mantos de piedra raídos de color por los años, parece que son pedruzcos de las cortinas de terciopelo carmesi que decoran las naves de la catedral en las grandes solemnidades.

Al contemplar los curiosos este pórtico, volvemos al siglo XII, sus ojos escudriñadores se fijaron en uno de los ángulos del fronton de la Gloria. Una espontánea aclamación brotó de la multitud como el grito de un solo hombre. Una cabeza que descansaba sobre un pequeño cuerpo cuyas manos sujetaban una columna, llamaba extraordinariamente la atención de los compostelanos. Esta cabeza era entonces el retrato del maestro Mateo, pero después de algunas horas representó al herculeo Sansón.

Esta cabeza estaba en la gloria, pero nosotros mas cautos que su artífice no la colocaremos por ahora ni en la gloria, ni en el infierno ni en el purgatorio, ni en el limbo, ni aun entre los vicios.

Tal vez siga mañana el maestro Mateo nuestro ejemplo.

III.

Un familiar del cabildo esperaba al maestro Mateo en la puerta de su humilde morada, y al anunciarle que

debía venir en su compañía al palacio arzobispal, sus ojos se dilataron, porque se imaginaba que le aguardaba alguna honrosa recompensa por el magnífico pórtico de la Gloria.

Por esta vez se equivocó el arquitecto de palacio. No era una dádiva la que debía recibir de don Pedro Suarez de Deza: era una intimación. Había profanado el dogma cristiano, había colocado su cabeza en la gloria; lugar privilegiado de los bienaventurados. Se había adelantado a la voluntad divina: vivo aun se creía ya uno de los escogidos del Señor. Era menester tenerle por loco para no llamarle impio. Era, pues, indispensable que antes de que la muchedumbre volviese a percibirse de que aquella efie era un retrato, fuese destruida por su mismo artifice. Despues de esta imperiosa advertencia se encontraba una amenaza, la excomunion.

El arquitecto de palacio permaneció inmóvil, casi inerte. Su mirada estaba fija en los mosaicos del pavimento. La palabra *impiedad* que llegó a sus oídos le volvió a la vida con un febril estremecimiento.

—No puede ser impio, exclamó el maestro Mateo, quien acaba de dirigir el pórtico de vuestra catedral. Por lo que toca a mi efie, a no pareceros molesto os traeria a cuento algunos retratos que he reconocido en pórticos y altares. Las estatuas de los sepulcros cuyo sueño velan los ángeles cuando, lo que Dios no quiera, lo pueden prolongar los diablos, seran para vos obra de la impiedad; la catedral de Leon conserva entre santos y apóstoles el retrato de doña Urraca; en San Lino de Naranco, de Asturias, el arquitecto de don Alfonso el Casto, Tioda, colocó su efie dentro de la iglesia; en la iglesia de Santa Maria de Conogio de esta ciudad teneis una fábula de amor al lado del presbiterio... pero no os molestaré con ejemplos tal vez impertinentes. Al fin y al cabo, ¿quién soy yo?... Un maestro, algo mas que un alarife, muchísimo menos que un hidalgo... Algun espíritu tentador me ha estraviado en un momento de ridícula vanidad. Suspended, por Dios, vuestra amenaza, levantad por el cielo vuestra excomunion... mañana la cabeza de Mateo será... la cabeza de Sanson, y la columna que representaba la construcción de vuestro pórtico pertenecerá al templo de los filisteos.

Retiróse en seguida el arquitecto de la cámara arzobispal entre mohino y cabizbajo. ¡Impio! murmuraba contando maquinalmente las escaleras que bajaba. Impio... ¡el maestro de ese pórtico! ¡Pobre cabeza mia! no te permiten habitar la gloria... la gloria que has poblado de imágenes debidas a tu inteligencia creadora. Mañana el vulgo se reirá de nuestra arrogancia. No... no... mi cabeza ha de permanecer en el pórtico: la madre entre sus hijos. Esta no puede ser una impiedad, el Decálogo lo dice: *honrad al padre y a la madre*. Veamos donde el maestro pudo dejar su cabeza, cuando fué árbitro supremo para la colocación de las demás.

Al pronunciar estas palabras ya entraba en la catedral por la puerta de los Azabacheros. Iba a contemplar su obra.

Durante algunos minutos permaneció bajo del pórtico erguida la frente y los brazos cruzados. Cualquiera diría que era una estatua que el artista había dejado sobre el pavimento por no encontrar hueco donde colocarla. ¡Impio! volvió a decir como quien habla con su conciencia. El maestro que perpetua la Biblia entre el vulgo, que no lee el griego ni entiende el latín, hace tanto por la religion como el sacerdote que la repite desde el pulpito. ¡Impio! ¡impio!... veamos donde podremos colocar nuestra cabeza.

Recorrió de una mirada el pórtico desde el basamento hasta los botareles y por sus ojos pasaron en revuelto torbellino columnas, zonas, repisas, cornisas y arquivoltas. Un prolongado suspiro salió de sus labios cárdenos. El arquitecto se sentó en el umbral del pórtico.

—En la gloria, prosiguió levantando la voz como si interrogase a las imágenes del pórtico, el arzobispo me lo prohíbe; en el limbo la edad me lo repulsa; en el purgatorio la conciencia me lo niega y en el infierno mi fe me lo rechaza. Soy muy poco para colocarme entre los apóstoles y profetas: vale demasiado mi corazon morigerado para permanecer entre los vicios. Si... si... de seguro el vulgo se reirá de mi loca arrogancia. No tiene el pórtico lugar para nuestra efie. ¡Necio de mí! Bien hemos podido dejar una pequeña umbela bajo el Arbol de David. Examinemos las puertas principales, bajo sus dinteles pareceríamos un mendigo. Las columnas que las dividen arrancan sin machones: allí vamos a colocarnos. No haremos un retrato, esculpiremos un simbolo. Será un artista cualquiera y no el maestro Mateo el que contemplará desde el pórtico de la gloria al apóstol Santiago sentado en el tabernáculo de la capilla mayor. De espalda para los vicios! Asi debe caminar por el mundo. ¡Y de rodillas! De esta manera devuelve el artista a Dios la chispa de luz celestial que ha depositado en su cabeza.

El arquitecto de palacio que había llegado mustio y taciturno hasta el pórtico de la gloria, salió de la catedral tranquilo y voluntarioso. Había encontrado sitio para su cabeza.

Al dia siguiente la imagen del maestro Mateo era la cabeza de Sanson. El viagero contemporáneo aun puede reconocer que aquella fisonomia es poco vigorosa para representar al invencible enemigo de los filisteos.

Para el arquitecto del pórtico de la gloria hubo una reparacion providencial. Entre tanto que colocaba una pequeña estatua sobre el pavimento de la catedral en el confin de lo que hoy se llama la nave de la Soledad, recibió de don Fernando II de Leon un privilegio señalándole la renta de cien maravedises al año, durante su vida.

La muchedumbre tomó a la efie del arquitecto de palacio por un voto del religioso maestro Mateo. Asi, pues, de siglo en siglo ha llegado hasta nosotros la tradicion de que esta imagen es *El Talento*, tributando admiracion y respeto al poder divino. El vulgo traía a sus hijos y golpeaban sus cabezas contra la del artista para que les inspirase grandes y elevados pensamientos o la salvacion de sus almas. Por esta razon esta efie es conocida por el nombre de *El santo de las Cabezas*. (1)

Tambien el cabildo compostelano detiene en frente de esta imagen la procesion que en las grandes solemnidades recorre las naves de la catedral, antes de la misa mayor. Cumple de esta manera con la fundacion de un prelado: pronuncia una conmemoracion por el alma del arzobispo don Pedro Muñiz, cuya sepultura está tan próxima a la estatua del maestro Mateo que esta efie parece uno de los ángeles que colocaban de rodillas sobre los sepulcros antiguos, y que apartaron en alguna renovacion de la lápida. Un destino providencial dirige algunas veces las obras del arte y las creaciones de la naturaleza. Dos hombres de esclarecido renombre, un prelado y un artista, que se apartaban del vulgo por sus elevados pensamientos, acusado el primero de nigromante y recluso de orden del papa en el convento de San Lorenzo de Santiago, en 1218, por dedicarse a la averiguacion de las causas físicas y morales, y tenido el segundo por impio y sin encontrar sitio donde colocar su cabeza por hacer un justo y merecido alarde de legitimo orgullo colocando el retrato al frente de la obra, se encuentran tan cerca, que hasta el vulgo se ve precisado a reconocerlos de una sola mirada. Son la expresion del siglo XII, un sabio y un artista que se avcinan con el pórtico de la catedral, de-

(1) En dialecto gallego: *O santo dos croques*.

jando á las preocupaciones el resto de la iglesia, patrimonio venerable de la verdadera fé. Sobre la sepultura del arzobispo don Pedro Muñiz se encuentra una lápida en bronce renovada en 1774, donde se lee esta invocación:

COMPOSTELANVS
PRESVL PETRVS
III PVISTE TE
DIVINA MANVS
PERDVCATAD
DESTERAM
XPTI

El arquitecto Mateo no tiene lápida ni sepulcro: se ignora dónde está enterrado. El artista no merecía entonces el mas pequeño panteón, ni aun una losa. Solo le estaba permitido la inscripcion cronológica de sus monumentos. Esta es la que se conserva del arquitecto de don Fernando II de León. Sobre los dinteles de las dos puertas principales de la Gloria se lee la siguiente inscripcion en caracteres góticos abiertos por una mano hábil y entendida.

✕ ANNO: AB INCARNATIONE: DÑI: Mº Cº: LXXXVIIIº:
ERA 1ª CCXXVIª: DIE K-LAPRILIS: SYPER LIMHARIA:
PRINCIPALIVM: PORTALIVM: ECLESIE: BEATI: JACOBI:
SVNT COLLOCATA: PER: MAGISTRVN MATHEVM: QVI: A
FYNDAMENTIS: IPSORVM: PORTALIVM: GESSIT MAGISTERIVM.

El bienhechor del maestro Mateo, el monarca de León don Fernando II, descansa cerca de este pórtico, despues de haber alevosamente trasgado su cadáver algunos traidores que obligaron á que lo reclamase á Alonso IX el arzobispo don Pedro Suarez de Deza. Entre los sepulcros de reyes que existen en la capilla de las reliquias de la catedral se distingue en uno de ellos este rótulo.

D. FERNANDO DE LEON HIJO SEGUNDO DEL EMPERADOR
D. ALONSO Y DE LA EMPERATRIZ D.ª BERENGVELA SV 1.ª
MVGER. FALLECIO EN LA VILLA DE BENAVENTE ERA DE 1126.
Y MANDO SEPVLTARSE EN ESTA CAPILLA JYNTO A SV ABVELO
EL CONDE D. RAMON DE BORGÑA Y LA MADRE LA EMPERA-
TRIZ D.ª BERENGVELA.

Tambien se ignora el lugar donde fué enterrado el prelado don Pedro Suarez de Deza, en esto corre parejas su paradero con el del artifice de *El santo de las cabezadas*.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

UN AÑO EN MADRID.

DICIEMBRE.

Los vientos frios que llegan á la poblacion despues de haber atravesado las nevadas gargantas de la sierra, vienen á inaugurar el reinado del ultimo monarca del año.

La cuadragésima nona dinastia del siglo XIX, nos ofrece el último de sus vástagos, mas para residenciar á sus antecesores, que para establecer nuevas formas de gobierno en la república del tiempo.

El mes de diciembre viene á pedir cuentas á los mortales de lo que han hecho y de lo que han dejado de hacer. Todos le presentan un extracto de cuenta corriente para que les de su conformidad, ó haga los reparos que juzgue oportunos. Treinta y un dias de plazo concede el monarca para las liquidaciones, y sin embargo no hay una sola persona que merezca el visto bueno en el libro mayor de sus operaciones. El capitulo de los gastos es mayor que el de los ingresos, y hay personas que están declarados en quiebra desde el mes de julio. Todas han gastado el tiempo sin haber hecho nada de provecho.

La tierra pide tambien una página blanca, con la que cubre los restos de la vegetacion. Los amarillentos cadáveres de sus hijos desprendidos del seco tallo que les dió el ser, son exhumados por la nevada alfombra que humedece la tierra, obrando una benéfica reaccion en sus endurecidas entrañas. En esa blanca cubierta escribirán los meses de marzo, abril y mayo, la historia de la vegetacion del año próximo.

Entretanto, el aspecto que ofrecen los campos el día 1.º de diciembre, es desconsolador y triste. El blan-

co ropage con que aparece envuelta la naturaleza para la proclamacion del nuevo monarca, anuncia una dictadura horrible é implacable. Los labradores han de comprar con el sudor de su cuerpo, la libertad de las tierras que cultiva su brazo; los árboles han de sufrir amputaciones peligrosas para conservar su existencia; las semillas han de rasgar su seno para producir nuevas plantas, y la tierra ha de cubrirse con las banderas del inflexible dictador, hasta sudar nueva savia que ablande sus entrañas y engalane de flores su marchita epidermis.

La inocente paloma que se durmió tranquila en el torreón del palacio desconoce el lugar en que abre los ojos la madrugada del día 1.º de diciembre, y en vano busca los sitios en que solia hallar su alimento. Los pájaros no se atreven á dejar el nido porque el viento que sale á recibirlos, les paraliza los remos con que hendian el aire. Las fieras corren el bosque en busca de los lugares donde acostumbran á cazar sus victimas, y rugen desesperadas de no hallarlas, y de no atinar con la senda que conduce á sus guaridas porque la nieve ha borrado las huellas que otro tiempo las sirvieron de guia.

El campo está desierto. Por todas partes los blancos límites de la tierra parecen estar unidos con las nubes preñadas de nieve. El soñoliento aldeano que abre su modesta choza para saludar el alba queda deslumbrado, antes de haber visto la blanca alfombra que le turbaba la vista. Los débiles rayos de luz son rechazados por la nieve y buscan un cuerpo oscuro que los absorba. Pero el labriego sabe su obligacion, conoce que la tiránica dictadura, es por desgracia indispensable, y á pesar del viento que le arroja á la cara la esencia, por decirlo así, de la nieve en átomos imperceptibles, dispone su par de mulas, agarra el limon del arado y sale de su hogar á romper la tierra para disponerla á fecundar el grano. Por cumplir los deberes que le impone la estacion,

no siente separarse de la vivificante llama que abriga su reducido aposento, y con heroica resolución se separa de la esposa, que queda alrededor de la hoguera disponiéndole la comida que ha de repararle la vitalidad que está seguro de perder en su trabajo. Cuando yerto de frío se entrega á las faenas del campo, vé perdido en medio del puerto un carruaje de gente que huye en posta de los rigores de la naturaleza, y corre á enseñarles la senda mas corta para que lleguen cuanto antes á la población, donde los recursos del hombre han burlado en parte los designios del Criador.

Ese es el cuadro que ofrece el campo en el mes de diciembre. En la corte es otro el panorama que cobija el mismo cielo.

El humo que vomitan las chimeneas de las casas, suspendido en la atmósfera donde se dilata lento, impide ver la nieve que cubre los tejados de los edificios. Cien hombres barren la blanca alfombra que cubre las calles, para facilitar el tránsito de los habitantes, mientras estos duermen ignorantes del cambio ocurrido en la atmósfera. Los serranos sacuden la nieve que cubre la leña, que partieron en medio del nevado monte, para que esté mas pronta á arder en la chimenea del alfombrado gabinete, que recibe la luz del día á través de dobles vidrieras. Capas de estiércol cubren las aceras, para llevar el calor á las plantas de los cortesanos, y á las doce del día abren los balcones para que goce la vista del nevado panorama del campo, cuyo frío aliento no puede apagar el fuego de la chimenea guardado en tubos de hierro que lo comunican á la habitación.

Pero la diferencia de ambos cuadros no exime al de la corte de ser enteramente distinto del que ofrecia en las estaciones anteriores.

Secas las plantas que adornaban los balcones, y relegadas detrás de los cristales, las hermosuras que se entronizaban en aquellos aromáticos jardines, la vista no halla siquiera una cortina que engañe su deseo y le haga creer oculto lo que en realidad no existe. Las niñas que engalanaron con sus gracias el verdor de la primavera; las que perfumaron su esbelto talle con los aromas de las flores; las que ocultaron bajo su breve pie los despojos de los árboles, galvanizando la vegetación con sus abrasadoras miradas, han desaparecido ya de entre nosotros.

Es inútil buscar en los paseos aquella espalda desnuda, que el pudor aparentaba cubrir con la engañosa blonda; la graciosa bota de raso que ajustaba el pie, ha tenido la debilidad de cubrir una calceta de lana, y de encerrarse en un chanclo de cuero; el talle inverosímil, ceñido apenas por un raso ligero, se presenta fajado de terciopelo, y los bellos contornos del cuerpo que se dibujaban en los sutiles crespones de la India, gimen cautivos en oscuras mazmorras cargados con las pesadas pieles de Rusia.

Los tupidos velos caídos sobre el rostro, apagan la abrasadora mirada de los ojos negros, y los azules buscan en vano la salida de sus sensibles rayos por entre la trama de aquella enfadosa celosía. La blanca mantilla de tul, no se prende ya como los velos de las vestales sobre la negra y brillante cabellera de las bellezas georgianas; las flores no saltan del tallo para lucir sus encantos entre los dorados rizos de las lindas alemanas, y el trasparente horizonte, cuya pureza se reflejaba sobre nuestras hermosas, aparece cubierto de opacas nieblas que absorben todas las gracias de la obra mas bella de la creación.

El animal mas bello que Dios ha criado en este mundo, como ha dicho un poeta, á quien la diosa Venus le perdone la galantería, se ha retirado ya de las calles y de los paseos; ha sufrido un desaire de sus amantes el sol y el campo, que no la arrojan como solian flores galanas, y los ha dado calabazas encerrándose temporal-

mente en una clausura. Cubiertas sus cabezas con los sombreros franceses y el cuerpo con un pañuelo de capucha cuya punta arrastra por el suelo, las mugeres semejan en los paseos del invierno á aquellos regimientos de pajaritas de papel que formábamos sobre una mesa cuando niños.

Semejante desgracia ha debido llamar seriamente la atención del hombre, que sin su fiel compañera le parecen iguales (todas malas) las cuatro estaciones del año. El por su parte gana en vez de perder en la estación del frío; el hombre esta mejor cuanto mas encubre su figura; su belleza es negativa y mejor parece embizado en una capa, que luciendo sus formas con trages ajustados y esbeltos. Pero repetimos que él por si no es nada, y que su mérito artístico consiste en dar mayor realce á las mugeres, sirviendo de contraste á su hermosura; y ha sido tan sabio en este punto, su egoismo le ha inspirado tan atrevidos pensamientos, que luchando á brazo partido con la naturaleza y con los elementos atmosféricos, ha logrado sacar partido de la obstinada dictadura del invierno, para dar mayor atractivo á los goces que en vano han querido disputarle.

La estación mas triste del año la ha convertido en la mas alegre, multiplicando en ella los placeres, con una variedad voluptuosa, y sin límites. Los bailes, los teatros, los conciertos y los festines, son las tareas continuas que le hacen olvidar las penas á que le condena el último juez del tribunal de los *Doce* y se rie de la sentencia, como el preso que ha escalado la cárcel, cambiando el calabozo por un edem.

Las alfombras de sus palacios le hacen reírse de la nieve que cubre los campos; sus luces de gas, no le hacen temer la oscuridad de las nieblas; desprecia delante de los espejos las cristalinas aguas del arroyo; las estufas le dan flores á despecho de los hielos; el termómetro le marca la temperatura que conviene á su bienestar, y las esencias que estrajo de las plantas, le permiten embalsamar la atmósfera que respira, con los aromas del pensil.

Dispuesto así su paraíso artificial; desencadenados por el salón los torrentes de armonía y los ecos dulcísimos del canto con que olvida los trinos del ruiseñor y los gorgoros del pintado gilguerrillo que oyó en el verano, se abren las puertas del edem á la reina del festín.

Las hermosas arrojan las pieles que entumescían sus cuerpos en el dintel de la puerta, y saltan en medio del paraíso con aquella esbeltez y aquellas formas graciosas que quiso robarlas el invierno, envidioso de que hubieran embellecido con ellas á su antagonista el verano.

La muger vestida de blanco con un ramo de flores en la mano cuando se oye rugir el viento que hiela á las gentes que andan por la calle, parece la paloma que ha salido del arca y vuelve á anunciar á los del baile que ya se ha terminado el invierno, ofreciendo en prueba de su veracidad, el verde ramo que acaba de arrancar del tallo.

He aquí los medios de que se ha valido el hombre para esquivar las leyes de la naturaleza. Disfrutando á su antojo y por intervalos los goces que continuados le empalagan, es como puede decir que el invierno es preferible á todas las estaciones. Si su fortuna le permite vivir en un palacio, mansion del lujo y de los placeres, no atraviesa la calle sino encerrado en un carruaje, y ver por los cristales del telescopio la nieve que sepulta á los que atraviesan la sierra, puede decir que no hay nada mejor que estos meses del año. Pero no hay que culpar únicamente á sus riquezas en esa justa predilección, porque todos los tesoros del mundo no son bastantes á embellecer el propio modo el verano improvisando en medio de sus calores el frío del invierno. La luz, no el sol, de aquella estación abrasa, y es necesario vivir á oscuras ó resig-



narse a sufrir las plagas de insectos que la acompañan.

De lo dicho, hasta aquí se inferirá quizás que el invierno es preferible al verano; y esto no es exacto, por mas que sea nuestra opinion particular y la de muchos otros que nos prestarían sus firmas si tuviésemos tiempo de recogerlas. Pero las calles de Madrid nos sacan del *confortable* salon, para enseñarnos en revista sus principales acontecimientos; y el lector nos dispensará si pasamos como sobre ascuas por las *fiestas de Navidad*, porque tantas veces nos hemos visto obligados a narrarlas en prosa y verso y tantas ediciones legítimas é ilegítimas se han hecho de nuestros artículos que ya debían saberlas de memoria nuestros lectores. Para los que no tengan tan rara habilidad, hemos dicho otras veces que no escribimos, y aun que los tenemos por réprobos y gente de mal gusto. Con otras cosas que ahora no se repiten porque no conviene, y no conviene por que.... Tampoco conviene decir el por qué no es conveniente decirlos; la mejor palabra es la que nunca sale de los labios, y el que no habla no yerra. Motivos hartos debemos de tener para tanta reserva y el lector debe respetarlos, en gracia siquiera de lo mucho que hemos hablado en los artículos anteriores.

Desde que sonó la última campanada del reloj que señalaba las doce de la noche del día 31 de diciembre de 1848, le hemos dirigido una filípica mensual, sin omitir en ninguna de ellas el menor rasgo característico y gráfico de los usos y costumbres de los habitantes de Madrid. Ofrecimosle entonces, si mal no recordamos ahora, demostrar con cien ejemplos prácticos, que el espíritu innovador de la época no había cambiado la esencia de los usos característicos de la corte, por mas que las modas de Francia hubiesen enviado una propaganda al efecto, y tenemos la convicción de no haber fallado a nuestra promesa.

Los constitucionales que fueron a esperar los Reyes en el mes de enero; las renegadas manolas que en febrero mantearon los *pellos de paja*; el pueblo todo que asistió en marzo a lo que nadie sabe por qué se llama *entierro de la sardina*; los que comieron un cordero en el mes de abril; los que pidieron el día 3 de mayo un *cuarto para la cruz* y los que en junio se aburrían una noche y otra asistiendo a las *verbenas*, todos esos nos sirvieron para salir airoso de nuestro empeño en la primera mitad del año. Allí tomamos aliento para proseguir nuestra obra y pronto julio nos suministró nuevas pruebas con la continuacion de las *verbenas* y los inveterados *baños del afligido Manzanares*; agosto nos presentó los jubileos de la *Porciúncula*, de *San Cayetano* y de *San Lorenzo*, con la misma concurrencia del siglo XVIII, gráficamente disecada; setiembre sacó a relucir *trastos viejos* en medio de las calles, que los ancianos juraban ser los mismos que se habían puesto en venta todos los años desde el mil setecientos y tantos. También octubre tuvo parte en la esposicion de ese museo de antigüedades, y noviembre con la *visita á los cementerios* y los *buñuelos*, *San Eugenio* y las *bellotas*, nos ha probado que teníamos razon cuando dijimos:

«La sociedad moderna de este pueblo no ha abjurado aun de sus antiguas costumbres, por mas que á primera vista lo parezca. Bajo esa fisonomía vaga, superficial y frívola, oculta un corazón que late por cultivar los usos de sus mayores y tiembla cuando imagina que podría perderlos algun día.»

Pero si tanto tenemos que agradecer á los meses citados y trascurridos ¿qué no debemos al presente? ¿Hay un solo día en los treinta y uno del mes de diciembre, que no sea una prueba palpitante de la verdad de nuestro aserto? Pasémosle ligeramente en revista y los títulos no mas de sus fiestas, bastarán á nuestro propósito.

Los tambores con que los chicos atruenan nuestros

oidos todos los días, son un anuncio de que las *fiestas de Navidad* se van á celebrar del propio modo que nuestros padres dicen haber oído á sus abuelos que las celebraron los suyos. El corregidor constitucional no duerme tranquilo hasta dejar firmada una copia del bando que está en el archivo de las casas consistoriales desde que hubo en Madrid regidores perpétuos; por él se permite colocar los nacimientos y los pastores de barro en la plazuela de Santa Cruz el día 9 de diciembre, y los dulces en la plaza Mayor el día 18. Los empleados de la aduana, apenas tienen tiempo de registrar los regalos que de todos los pueblos de España vienen á la corte en esos días; los criados ven próxima la propina de las pascuas, y es el único mes en que sirven bien á sus amos; los escribientes de las oficinas, acuden antes de la hora ordinaria al trabajo, porque desde que entraron de meritorios se les anunció una gratificación el día 24; los cesantes se rien aunque les digan que no hay un real en el tesoro, porque saben que no hay ministro de Hacienda capaz de negarles la paga de Navidad; y en suma, por todas partes y en todas las fisonomías, se advierten anuncios de las fiestas del mes de diciembre. Los confiteros esconden á toda prisa los dulces modernos y las cajas de carton francés y llenan los escaparates de sus tiendas con las anguilas y los besugos del mazapan de Toledo, metidas en cajas de pino y adornadas con palomitas de almidon. Los fondistas y pasteleros franceses se cruzan de brazos, convencidos de que para cocer un besugo y asar un pavo, se bastan y se sobran todas las mugeres de Madrid.

En medio de esos preparativos y para que nada falte á la copia que hace el siglo XIX del original que se pintó en el XVIII, el primer sábado de diciembre se publica la *bula de la Santa Cruzada*, con los mismos maderos, los mismos timbales y del propio modo que los años anteriores. El pueblo no acude á oír el pregon, pero se dá por avisado de que la bula está de venta en las librerías, y acude á comprarla, para poder comer carne ciertos dias del año, y para llevarla consigo al emprender el último viage de la vida. Si es grande de España ó título de Castilla, ó caballero cruzado, le cuestan 60 rs. el privilegio y si no es ninguna de esas cosas paga media peseta y está corriente.

Con las bulas de su esposa, hijos, criados y demás gente de casa en el bolsillo, se lanza el padre de familia en la plazuela de Santa Cruz y compra un nacimiento para los niños pequeños, y panderetas, tambores chicharras, rabeles y otros agradables instrumentos por el estilo, para que le *alegren* los oídos el día 24 de diciembre. Compra en seguida un calendario para el año próximo, vuelve á su casa, rebosando gozo por todas partes menos por los bolsillos, y abriendo la gaveta de los ahorros dá carta blanca á su esposa para que se *despilfarré*. La mayoría de nuestros lectores sabrán apreciar todo el valor y el arrojo que se necesita para semejante autorizacion. Afortunadamente las facultades que adquiere la carísima mitad, tienen un limite, uno solo. Le está prohibido pasar ese día por las calles del Carmen, Mayor, Montera y otras donde haya comercios de telas; le está permitido gastar sin tasa en artículos de uso interno; pero no puede comprar ni una sola cinta ni un moño ese día. Pero si *ahorra*.... si tiene la habilidad de pagar mil reales por lo que no importaba mas que cien.... en ese caso, varia la cuestion. Terminadas las fiestas de Navidad puede decirle á su esposo, que se vá á comprar un corte de vestido con los 900 rs. que ahorró el día de Noche-buena.

De cualquier manera que sea llega la hora de la *colacion*, y lo que pasa en las casas, mejor que nosotros lo sabe cada uno de los lectores. La manera de comer la sopa de almendra, el besugo, las ensaladas y los turrones, pertenecer á la vida privada, y no diremos de ello

una sola palabra por nada, ni por nadie. Los pavos que son pasados a cuchillo el primer día de pascua, no escitan nuestra caridad, y los dejamos bastante trabajo tienen entregados al torpe brazo que los hace trizas contra todos los principios del arte culinario, y de la ciencia anatómica.

El mismo silencio guardamos con las demás festividades que dan fin del año, porque como para todas ellas se reúnen y aistan las familias, no queremos violar el sagrado de ninguna de ellas. Si dan propina al cartero que les felicita las pascuas; al sereno del barrio que se las desea felices; al repartidor de periódicos que se las pide en verso; al portero que les felicita en prosa y a tantos otros como les manifiestan su adhesión en esos días, hacen bien; si *no están en casa* cuando va esa gente, ¿cómo ha de ser!

Únicamente recomendamos a los padres de familia que no se olviden de encargar con anticipación un palco para la función del teatro en cualquiera de las noches de pascua, porque semejante requisito es tan indispensable como el del pavo asado y el de la sopa de almeñra.

Por último, y hora es ya de terminar este artículo, el postrero del apostolado que hemos escrito este año, si tú, lector querido, echas los años el día 31 de diciembre, (y advierte que eso de *echar los años*, no quiere decir que pierdas uno solo de los que tienes a cuestas) si echas los años procura salir conmigo para el próximo de 1830.

Desengañate, amigo mío, la cosa no tiene remedio; tú y yo hemos nacido el uno para el otro, y hemos de vivir juntos, hasta que a Dios le cumpla romper este contrato llamando a rendir cuentas a una de las partes. Lo único en que yo puedo complacerte, y esto te probará que deseo hacerte llevadera la compañía, es procurar averiguar donde se vende el ingenio, y adquirir tal porción de él, que cuando vuelva a escribirte no sean *doce artículos*, tan pesados y tan malos como los que te ha dado en esta ocasión, tu obligado amigo y S. S. S.

Q. T. M. B.

ANTONIO FLORES.



BIBLIOTECA
MADRID
MUNICIPAL

LA PUBLICACION DE LA BULA.

A NUESTROS SUSCRITORES.

Al terminar el tomo sétimo del MUSEO DE LAS FAMILIAS, cumplimos el grato deber de costumbre, dando las mas expresivas y sinceras gracias, á los que por espacio de siete años nos dispensan su proteccion. En tan largo período han podido apreciar nuestros esfuerzos para elevar el MUSEO á una altura á que no habia llegado hasta ahora ningun periódico de su clase en España, y esto luchando con la escasez de medios de que puede disponerse en nuestro país, con rivalidades mezquinas y de mala ley, y con mil clases de contrariedades. El MUSEO, sin embargo, ha triunfado de todo, y ha hecho mas, ha creado la afición á las publicaciones pintorescas, ha puesto el precio de estas al alcance de todo el mundo, y ha enseñado el camino de mejoras á otro periódico que, sin su ejemplo probablemente hubiera permanecido estacionado, como lo estuvo por espacio de doce años. Última en verdad que olvidándose el periódico aludido, de la noble misión que á los escritores públicos está confiada, ha convertido en personal y ya sañosa la que no debió ser nunca mas que una rivalidad noble y desinteresada en que la literatura, el arte y el público ganóran. No le hemos querido seguir, ni le seguiremos nunca, en tan peligroso camino, porque esto seria abdicar de nuestra preponderancia, rebajar la dignidad del MUSEO, y hacer, en fin, lo mismo que estamos reprobando. La injusticia y la sinrazon, son armas que se vuelven contra aquellos que las emplean. A nosotros nos basta que el público nos haga justicia, y en esta parte el número de suscritores que cada día aumenta, y las cartas que diariamente recibimos, que á muchas personas hemos mostrado y enseñaremos á cuantos quieran verlas, son la mejor respuesta que puede darse á las apasionadas acusaciones y vagos cargos con que se pretende combatirnos; siendo lo mas extraño y singular que al propio tiempo, y en lo mismo de que nos acusan nos imiten. Jamás, hasta que el MUSEO lo hizo, se habian dado regalos á los suscritores; nunca se habian hecho rebajas concediendo plazos para el pago de las suscripciones; nadie habia pensado antes que nosotros en aprovechar las cubiertas de los números para aumentar la lectura de ellos: ahí están nuestros prospectos de los ocho años en los que sucesivamente hemos ofrecido rifas, Almanques, Album, libros de regalo, rebajas en el precio, y cuantos obsequios y beneficios se pueden ofrecer á los suscritores; léanse y compruébenlos su contenido con los de otras empresas, y se verán copiadas nuestras ideas, nuestras frases y hasta nuestras mismas palabras, y por un contrasentido que solo tiene explicacion en las pasiones humanas, los mismos que nos han copiado son los que nos critican. Nosotros nos felicitamos por ello, pues señal es de que algo valemos cuando se nos imita, y nos felicitamos con tanto mas motivo, cuanto que nada hemos perdido en las imitaciones, á manera que no pierde nunca el mérito y gana mucho en crédito un cuadro original porque de él se saquen infinitas copias; nosotros hemos ganado tambien, y lo podemos demostrar con datos irrecusables: si al periódico á que aludimos le ha tenido cuenta la imitacion, le felicitamos sinceramente por ello, porque ni somos egoistas, ni conocemos la envidia, y no solo queremos vivir, sino que nos alegramos de que todos vivan. Es propio de almas pequeñas imaginarse el mundo tan reducido que no caben en él si otros no se quitan de en medio. A nosotros, por el contrario, nadie nos estorba, y esto por carácter y por convencimiento, pues la experiencia nos ha enseñado que con las rivalidades de cierto género medramos mas; por eso las hemos abandonado siempre á su suerte sin cuidarnos de ellas para nada, y el tiempo ha venido á justificar nuestro proceder. Sirva esto de contestacion á los que con un interés que les agradecemos en el alma, nos han invitado á que nos defendamos de algunos ataques recientes que nos ha dirigido un periódico, con el piadoso fin que todo el mundo ha comprendido: no lo hemos hecho ni lo haremos: á la critica razonada y justa puede contestarse con razones, y á nosotros nos sobran en nuestro abono; los ataques infundados, violentos é iracundos no merecen mas que el silencio, porque ellos mismos se destruyen.

Antes de concluir debemos llamar la atencion, sobre algunos de los grabados de este número del Museo, en particular los de las páginas 265 y 281 que son iguales á los que usaremos para el año próximo, aunque saldrán todavia mejor estampados con la nueva tinta y papel que emplearemos. Estos grabados son obra de artistas españoles, como lo son la mayor parte de los que ponemos en nuestro periódico, pues sabido es que tenemos en nuestra misma casa, un taller donde se ocupan en grabar diariamente, cinco hombres bajo la direccion del apreciable y conocido artista don Calisto Ortega; pero nosotros, francos y leales en todo siempre, no llamamos á dichos grabados originales, porque no son sino copias de grabados franceses. No queremos hacer lo que cierto periódico que ofreció para el año de 49 no poner mas que grabados originales, y no ha insertado apenas ninguno que lo sea, pues la mayor parte de ellos están calcados de obras francesas demasiado conocidas para que necesitemos citarlas. No lo criticamos por esto; es indispensable hacerlo así en España, ó no se pueden publicar periódicos pintorescos; lo citamos solo porque nos han provocado á ello, criticándonos lo mismo que él hizo, y para que se vea cual es el valor y la tendencia de ciertos ataques. Nosotros llamamos grabados originales, á aquellos de composicion puramente española; los demás serán clichés ó catens, pero siempre copias hechas de una ú otra manera. Bueno es que el público lo tenga entendido para que sepa á que atienda en punto á grabados.

Por último, damos las gracias lo mismo á los suscritores que á los correspondientes, por haber correspondido á la invitacion de nuestra circular del 25 del próximo pasado, pues en algunos puntos, de los pocos de donde tenemos aviso ya, vemos que la suscripcion aumenta para el año venidero, mucho mas de lo que podríamos prometernos. Corresponderemos á esta prueba de afecto y confianza, haciendo que sean una realidad, las promesas de nuestro último prospecto.

Madrid 25 de diciembre de 1849.

DIRECTOR Y EDITOR PROPIETARIO

Francisco de P. Mellado.

ÍNDICE POR ORDEN DE MATERIAS.

ESTUDIOS RELIGIOSOS.

LA HUIDA A EGIPTO; pág. 265.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

HERNAN SANCHEZ DE VARGAS; por don F. Villabril, pág. 5.
EL CASTILLO DE SALOBREÑA; pág. 12.
LOS CABALLEROS TEMPLARIOS; pág. 25.
EL BREVAGE DE JUANA DE ARCO; por Federico Soulié, pág. 32.
JESUCRISTO Y LOS MISIONEROS; por don I. A. Bermejo, pág. 58.

LOS CUATRO ENRIQUES; por Federico Soulié, pág. 66.
LA DEFENSA DE CALATRAVA; por don F. F. Villabril, pág. 73.
UN EPISODIO DE LA HISTORIA DE ESCOCIA; por don M. F. F., pág. 85.
LA REBELION DE LOS MORISCOS; por don I. A. Bermejo, pág. 106.
LA INDEPENDENCIA DE CASTILLA; por don F. F. Villabril, pág. 129.
EL CONDE TEODOMIRO; por el mismo, pág. 160.
DOÑA DULCE DE ARAGON; por don F. Ferrandis, pág. 177.

EL SOCORRO DE MALTA; por don F. F. Villabril, pág. 199.
DON ALFONSO DE AGUILAR; por el mismo, pág. 218.
ORIGEN DE LA INQUISICION; por don M. P., pág. 224.
UN BAUTISMO MISTERIOSO; pág. 7.
LA BATALLA DE TRAFALGAR; por don F. F. Villabril, pág. 267.

ESTUDIOS MORALES.

AMOR DE MADRE; por don Javier de Ased, pág. 6.

UNA VIDA DE PADECIMIENTOS; y un cuarto de hora de alegría, por Enrique Berthoud, pág. 44.

LA FLOR DE LA DICHA, pág. 54.

CUADROS DE FAMILIA; pastel de los reyes, pág.

COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

UN AÑO EN MADRID; enero, por don Antonio Flores, pág. 20.

IDEM; febrero, por el mismo, pág. 44.

IDEM; marzo, por el mismo, pág. 68.

IDEM; abril, por el mismo, pág. 95.

IDEM; mayo, por el mismo, pág. 116.

IDEM; junio, por el mismo, pág. 141.

IDEM; julio, por el mismo, pág. 165.

IDEM; agosto, por el mismo, pág. 186.

IDEM; setiembre, por el mismo, pág. 219.

IDEM; octubre, por el mismo, pág. 257.

IDEM; noviembre, por el mismo, pág. 262.

IDEM; diciembre, por el mismo, pág. 287.

ESTUDIOS DE VIAGES.

FRANCIA.—VIENNA; por el emigrado, página 1.

NAZARET; pág. 49.

LA VIRGEN NEGRA; por el emigrado, página 64.

PEREGRINACION DE UN HISTORIADOR; por M. Mazas, pág. 76.

IDEM; conclusion, pág. 97.

ROMA A VISTA DE FAJARO; por el conde de Fabraquer, pág. 121.

IDEM; continuacion, pág. 145.

IDEM; conclusion, pág. 169.

LAS CHINAS; por doña Agustina Mason, pág. 205.

IDEM; conclusion, pág. 224.

HARROW-ON-THE-HILL; pág. 260.

ESTABLECIMIENTOS PUBLICOS EXTRANJEROS; pág.

HISTORIA DE UNA CABEZA; pág.

ESTUDIOS GEOGRAFICOS.

MOISES.—HOMERO; pág. 254.

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.

Pío IX; por el conde de Fabraquer, página 41.

PEDRO GARCIA DE PAREDES; pág. 162.

ALFONSO EL CASTO; por don N. C. Caunedo, pág. 194.

ALFONSO EL MAGNO; por don N. C. Caunedo, pág. 242.

CRIMENES CELEBRES.

LA MARQUESA DE BRINVILLIERS; pág. 221.

IDEM; conclusion, pág. 250.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

MARIANA CHIMOT; por Enrique Berthoud, pág. 53.

LA FE CRISTIANA; por la señorita Coronado, pág. 62.

LA HERMANA DE REMBRANDT; por Enrique Berthoud, pág. 111.

IDEM; continuacion, pág. 152.

IDEM; conclusion, pág. 155.

LA VUELTA DEL PRESIDIARIO; por don Heriberto Garcia de Quevedo, pág. 208.

HERIR POR LOS MISMOS FILOS, pág. 250.

MARIA JUANA; pág. 270.

SIBILA FORCIA; pág. 274.

ESTUDIOS ANEDOTICOS.

CADA OVEJA CON SU PAREJA; pág. 90.

QUENTIN METZIS Ó LA ESTAMPA MILAGROSA; por A. Dumas, pág. 158.

RODRIGO NARVAEZ Y SU CAUTIVO; página 151.

EL INCOGNITO; pág. 175.

LA FLOR EN EL OJAL; por don M. F. de F., pág. 184.

UNA FALSIFICACION EN EL SIGLO XIII; pág. 255.

HISTORIA NATURAL.

EL TEJON; pág. 24.

EL ICTIOSAURO COMUN; pág. 72.

EL GRAN MASTODONTE; pág. 191.

EL HOMBRE FOSIL; pág. 218.

ÍNDICE GENERAL POR ORDEN ALFABÉTICO.

ALFONSO EL CASTO; por el señor Caunedo, pág. 194.

ALFONSO EL MAGNO; por idem, pág. 242.

AMOR DE MADRE; por don Javier de Ased, pág. 6.

ALFONSO DE AGUILAR (dón); por el señor Villabrille, pág. 218.

BATALLA DE TRAFALGAR; por el señor Villabrille, pág. 267.

BAUTISMO MISTERIOSO (un); pág. 7.

BREBAJE DE JUANA DE ARCO (el); por Federico Soulié, pág. 52.

CASTILLO DE SALOBREÑA (el); por el señor Bermejo, pág. 25.

CABALLEROS TEMPLARIOS (los); pág. 25.

CONDE TEODOMIRO (el); por el señor Villabrille, pág. 160.

CADA OVEJA CON SU PAREJA; pág. 90.

DEFENSA DE CALATRAVA (la); por el señor Villabrille, pág. 75.

DOÑA DULCE DE ARAGON; por el señor Ferrandis, pág. 177.

FLOR DE LA DICHA (la); pág. 54.

FÉ CRISTIANA (la); por la señorita Coronado, pág. 62.

FRANCIA—VIENNA; por el Emigrado, página 1.

FLOR EN EL OJAL (la); pág. 184.

GRAN MASTODONTE, pág. 191.

HARROW-ON-THE HILL, pág. 260.

HERMANA DE REMBRANDT (la); por Enrique Berthoud, pág. 111.

IDEM; continuacion, pág. 152.

IDEM; conclusion, pág. 155.

HERIR POR LOS MISMOS FILOS, pág. 250.

HOMBRE FOSIL; pág. 218.

HERNAN SANCHEZ DE VARGAS; por el señor Villabrille, pág. 5.

HUIDA Á EGIPTO (la); pág. 265.

HISTORIA DE UNA CABEZA; pág. 282.

ICTIOSAURO COMUN (el); pág. 72.

INDEPENDENCIA DE CASTILLA (la); por el señor Villabrille, pág. 129.

INCOGNITO (el); pág. 175.

JESUCRISTO Y LOS MISIONEROS; pág. 58.

LAS CHINAS; por doña Agustina Mason, página 205.

IDEM; conclusion, pág. 224.

LOS CUATRO ESRIQUES; por Federico Soulié, pág. 66.

MARIA JUANA; pág. 270.

MARIANA CHIMOT; por Enrique Berthoud, pág. 53.

MARQUESA DE BRINVILLIERS; pág. 221.

IDEM; conclusion, pág. 250.

MOISES.—HOMERO; pág. 254.

MONUMENTOS PÚBLICOS EXTRANJEROS, página 280.

NAZARET; pág. 49.

ORIGEN DE LA INQUISICION; pág. 224.

PEDRO GARCIA DE PAREDES; pág. 162.

PEREGRINACION DE UN HISTORIADOR; por M. Mazas, pág. 76.

IDEM conclusion; pág. 97.

Pío IX; por el conde de Fabraquer, página 41.

QUENTIN METZIS Ó LA ESTAMPA MILAGROSA; por A. Dumas, pág. 158.

REBELION DE LOS MORISCOS (la); pág. 106.

RODRIGO NARVAEZ Y UN CAUTIVO; página 151.

ROMA A VISTA DE FAJARO; por el conde de Fabraquer, pág. 121.

IDEM; continuacion, pág. 145.

IDEM; conclusion, pág. 169.

SIBILA FORCIA; pág. 274.

SOCORRO DE MALTA (el); por el señor Villabrille, pág. 199.

TEJON (el); pág. 24.

UNA VIDA DE PADECIMIENTOS Y UN CUARTO DE HORA DE ALEGRIA; por Enrique Berthoud, pág. 14.

UNA FALSIFICACION EN EL SIGLO XIII; página, 255.

UN EPISODIO DE LA HISTORIA DE ESCOCIA; pág. 85.

UN AÑO EN MADRID; enero, por don Antonio Flores, pág. 20.

IDEM; febrero, por el mismo, pág. 44.

IDEM; marzo, por el mismo, pág. 68.

IDEM; abril, por el mismo, pág. 95.

IDEM; mayo, por el mismo, pág. 116.

IDEM; junio, por el mismo, pág. 141.

IDEM; julio, por el mismo, pág. 165.

IDEM; agosto, por el mismo, pág. 186.

IDEM; setiembre, por el mismo, pág. 219.

IDEM; octubre, por el mismo, pág. 257.

IDEM; noviembre, por el mismo, pág. 262.

IDEM; diciembre, por el mismo, pág. 287.

VIRGEN NEGRA (la); página. 64.

VUELTA DEL PRESIDIARIO; por don Heriberto Garcia de Quevedo, pág. 208.

